

INICIATIVA SOBRE LA
DESIGUALDAD DE LA TIERRA

ESTUDIO DE CASO

LA TIERRA ENTRE PALMA Y FLORES

EN LOS MONTES
DE MARÍA Y EL ORIENTE
ANTIOQUEÑO, COLOMBIA

NATALIA ESPINOSA RINCÓN Y OLGA ELENA JARAMILLO GÓMEZ

INTERNATIONAL
LAND
COALITION

UNITED
FOR LAND
RIGHTS

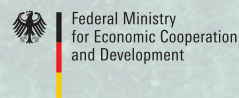


Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá

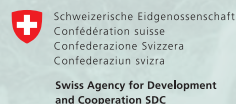
LA TIERRA ENTRE PALMA Y FLORES

EN LOS MONTES DE MARÍA Y EL ORIENTE ANTIOQUEÑO, COLOMBIA

SOCIOS ESTRATÉGICOS Y DONANTES PRINCIPALES



Government of the Netherlands



ISBN: 978-92-95105-63-8

NATALIA ESPINOSA RINCÓN Y OLGA ELENA JARAMILLO GÓMEZ



El contenido de este trabajo se puede reproducir, traducir y distribuir libremente. Este trabajo no se puede utilizar con fines comerciales. Para obtener más información, comuníquese con info@landcoalition.org o consulte: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0>

Las opiniones expresadas en esta publicación son las de sus autores y los entrevistados para este informe. No se corresponden necesariamente con las posiciones oficiales de la ILC o el grupo de referencia de la Iniciativa. Publicación: agosto de 2020. *Traducción:* Mariana Cristellys. *Edición:* David Wilson. *Diseño gráfico:* Federico Pinci.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
ELEMENTOS CONCEPTUALES DE REFERENCIA	9
EL CASO DE LOS MONTES DE MARÍA	13
Caracterización del caso	13
Consolidación de la agroindustria de palma de aceite en relación con la dinámica de la tenencia de la tierra	15
Impactos de la agroindustria de palma en el proceso de descampesinización	18
Palmicultura, género y generación	18
Palmicultura, descampesinización y modos de vida campesinos	21
EL CASO DEL ORIENTE ANTIOQUEÑO	25
Caracterización del caso	25
El avance de la agroindustria de las flores	27
Impactos de la agroindustria de las flores en el proceso de descampesinización	30
Floricultura, género y generación	30
Floricultura, descampesinización y modos de vida campesinos	35
CONCLUSIONES	43
REFERENCIAS	48

LISTA DE ABREVIACIONES

ANUC	Asociación Nacional de Usuarios Campesinos
CNMH	Centro Nacional de Memoria Histórica
DNP	Departamento Nacional de Planeación
DPS	Departamento para la Prosperidad Social
ENS	Escuela Nacional Sindical
Fedepalma	Federación Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite
FFF	Fundación Forjando Futuros
ha	Hectárea
ILC	International Land Coalition
IPC	Instituto Popular de Capacitación
PNUD	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
Zodes	Zona de Desarrollo Económico y Social

INTRODUCCIÓN

Esta investigación presenta los resultados de dos casos de estudio que abordan el cultivo de palma de aceite en el municipio de María La Baja, región de los Montes de María, y la floricultura en el municipio de La Unión, región del Oriente Antioqueño. Cada uno de los casos se estructura a partir de una caracterización sociodemográfica básica y una aproximación que da cuenta del establecimiento y avance de la agricultura bimodal en estos territorios. Asimismo, se identifican los impactos diferenciales de este proceso sobre jóvenes y mujeres, sujetos históricamente marginados de las políticas de desarrollo rural. Al final, se incluye un apartado para contrastar y poner en diálogo los hallazgos obtenidos en el estudio de cada caso.

La aproximación a cada caso no es idéntica. El balance entre la revisión y disponibilidad de información secundaria, así como la posibilidad de recolectar información primaria, fue particular para cada municipio. Si bien ambos casos comparten la misma arquitectura, es posible encontrar desarrollos distintos tanto por el acceso a la información ya señalado, como por la singularidad de cada uno de los fenómenos. Esto está relacionado, en buena medida, con el tiempo de desarrollo de cada uno: el cultivo de palma en el municipio de María La Baja data de finales de la década de los noventa, mientras que la floricultura en el municipio de La Unión es un proceso relativamente reciente, cuyo inicio se estima a comienzos de la década de 2010.

Las trayectorias del cultivo de palma en Montes de María y la floricultura en el Oriente Antioqueño son diversas y dan cuenta de procesos particulares de consolidación de la agroindustria que evidencian la configuración de la bimodalidad en distintas escalas. En una y otra región, resultan clave las relaciones de poder construidas entre actores capitalistas y productores campesinos, y el papel de las políticas nacionales y de la intervención del Estado a nivel local. Estos factores intervienen en la implementación de un modelo de desarrollo rural que va en detrimento de las dinámicas locales de la economía familiar campesina.

Colombia es el cuarto país productor de palma de aceite a nivel mundial, después de Indonesia, Malasia y Tailandia. Posee un área sembrada de más de 500,000 ha en todo el país de acuerdo con datos de la Federación Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite (Fedepalma, 2018, p. 6). De acuerdo con este gremio, la palma de aceite es el segundo cultivo permanente con mayor extensión en área sembrada después del café; es el segundo producto de mayor relevancia dentro de los cultivos permanentes; y ocupa el sexto lugar en generación de valor en el sector agrícola del país: alcanzó una participación del 9 % del PIB agrícola nacional en 2016 (Fedepalma, 2018).

En el caso del cultivo de flores, Colombia es el segundo productor en el mundo: el primer exportador de claveles y el principal proveedor de flores de Estados Unidos. Son el segundo producto más exportado del país después del café. En 2018, el sector generó USD 1,400 millones. El Oriente Antioqueño, específicamente, participa con el 32 % de la producción nacional y se sitúa como la segunda zona de producción en el país después de la sabana de Bogotá, que produce el 66 % de las flores colombianas (Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, 2019).

En los dos casos se trata de una bimodalidad que avanza en territorios fuertemente afectados por el conflicto armado, y con importantes procesos de movilización social y campesina que ha reivindicado precisamente la autonomía territorial de las comunidades. Así, el establecimiento de la agroindustria ha significado la fragmentación de la pequeña propiedad, la apropiación de bienes comunes, la pérdida de biodiversidad, el debilitamiento de la producción tradicional y de la soberanía alimentaria, y la transformación de las relaciones familiares y vecinales, todo ello como parte de un proceso de descampesinización.

ELEMENTOS CONCEPTUALES DE REFERENCIA

En las siguientes líneas, se precisan algunos elementos conceptuales que guiaron el desarrollo del trabajo y permiten entender cómo el avance de la agroindustria -que supone el establecimiento de la agricultura bimodal en escalas distintas- produce un proceso de descampesinización. Este fenómeno tiene importantes marcas generacionales y de género poco estudiadas, que evidencian procesos diferenciales de construcción y reproducción de las desigualdades sociales.

En las discusiones sobre el campesinado y el papel de la economía campesina, ha tenido mucho protagonismo el debate sobre la integración productiva de los pequeños productores o agricultores familiares -pues no siempre son reconocidos como campesinos- a las cadenas de producción y a los mercados. Desde esta perspectiva, las campesinas y los campesinos han sido comprendidos principalmente desde su rol productivo, como trabajadores agrarios poco competitivos que deberían integrarse a proyectos agroindustriales -la palma de aceite, la floricultura u otros- para ser más eficientes en la producción agrícola.

Sin embargo, este enfoque económico ha desconocido que la identidad campesina implica tanto la dimensión productiva como la territorial, cultural y organizativa.

Ello ha sido señalado por una mesa técnica creada en Colombia para elaborar un concepto del ser campesino, entendido como:

Sujeto intercultural, que se identifica como tal, involucrado vitalmente en el trabajo directo con la tierra y la naturaleza; inmerso en formas de organización social basadas en el trabajo familiar y comunitario no remunerado y/o en la venta de su fuerza de trabajo. (ICANH, 2018, p. 7)

Como se señala a lo largo de este estudio, el avance de los proyectos agroindustriales de palma, en María La Baja, y de flores, en La Unión, han implicado, cuando no el desplazamiento de las comunidades campesinas y el despojo de sus territorios, el fomento de la integración productiva a través de distintos mecanismos, apoyados por las medidas gubernamentales locales y nacionales. Aunque estas se plantean como una posibilidad para mejorar la situación económica de los pequeños agricultores, han afectado fuertemente las otras dimensiones ya señaladas de la identidad campesina y, con ello, han profundizado un proceso de descampesinización.

Si bien la conceptualización sobre el término descampesinización aún se encuentra en debate, en la presente investigación, se entiende como un proceso de pérdida de la identidad campesina en sus dimensiones productiva, territorial, cultural y organizativa.

Dicha transformación se hace evidente en la desestructuración de las prácticas, tradiciones, conocimientos, oficios y usos relacionados con la tierra y el territorio, así como en la ruptura del tejido social familiar y veredal,¹ núcleo de las relaciones sociales del campesinado como sujeto colectivo.

Es posible afirmar que, en Colombia, la descampesinización es un proceso en curso que se alimenta de otros, históricamente complejos e imbricados. Uno de los más evidentes e irreversibles es el conflicto armado, que ha desplazado a cerca de 8 millones de personas (RUV, 2020) y los ha despojado de sus tierras, sus bienes y sus modos de vida (CNMH, 2015). La actuación del Estado también aporta a este fenómeno, al privilegiar a la agroindustria y a las actividades extractivas, y, al mismo tiempo, dismantelar la institucionalidad, el crédito y las políticas públicas orientadas a la producción campesina (Fajardo, 2018). Asimismo, descampesiniza el incumplimiento de la Reforma Rural Integral pactada en los Diálogos de la Habana, considerada como una hoja de ruta que contribuiría a saldar algunas de las deudas históricas con el campo (Instituto Kroc, 2020).

Estos procesos estructurales ya presentan consecuencias tangibles en las nuevas generaciones. Los recientes resultados de la Encuesta de Cultura Política, que nutre un proceso de caracterización de la población campesina en Colombia, muestran que, mientras el 36.7 % de las personas encuestadas mayores de 65 años se identifica como campesina, la proporción de personas entre 18 y 25 años es de 24.5 % (DANE, 2019). Si bien estos datos requieren de análisis y cruces adicionales, pueden estar advirtiendo procesos de envejecimiento y pérdida de las identidades campesinas, relacionados estrechamente con la descampesinización misma.

En términos de la aproximación al caso de la palma y las flores como expresiones de la configuración de la bimodalidad a nivel local, es importante tener en cuenta que las tensiones que se evidencian en el enfoque de la producción agrícola en países como Colombia están relacionadas con una tendencia global. Dicha tendencia muestra que, en promedio, las parcelas son más extensas en países más ricos y en los que la tierra abunda, mientras que, en países en desarrollo, son más reducidas (Guereña y Wegerif, 2019, p. 17).



¹ La vereda es la unidad socioterritorial básica de las zonas rurales colombianas. Posee un territorio definido, una organización propia y una comunidad que se identifica como parte de esa unidad.

Sin embargo, las cifras que exhiben estas tendencias no consideran el problema generado al crear un sector agrícola mundial bimodal cada vez más desigual con una concentración de personas más pobres que luchan por sobrevivir en parcelas cada vez más reducidas, mientras las grandes transacciones de tierras y las inversiones corporativas establecen megaparcels (Nolte et al., 2016; Simón, 2019; GRAIN, 2016; GRAIN, 2014).

Teniendo en cuenta la configuración de la agricultura bimodal en las regiones estudiadas, en la presente investigación, cuestionamos aquella postura que atribuye mayor eficiencia o productividad agrícola a las grandes extensiones de tierra. Esta tesis ha sido rebatida por autores como Guereña y Wegerif. Estos han señalado que, generalmente, los pequeños agricultores o los de escala pequeña utilizan la tierra, la mano de obra y el capital de una manera más eficiente que los agricultores a gran escala, quienes dependen principalmente de la mano de obra contratada (2019, p. 7).

2 EL CASO DE LOS MONTES DE MARÍA

Caracterización del caso

El municipio de María la baja y la consolidación de las dinámicas agroindustriales en la región

El municipio de María La Baja se ubica en las estribaciones de la Serranía de San Jacinto, que comprende quince municipios de los departamentos de Bolívar y Sucre, de la subregión del caribe colombiano, más conocida como Montes de María.² Este municipio se encuentra ubicado a 70 km de la ciudad de Cartagena; tiene una extensión aproximada de 500 km² y una densidad poblacional de 89.19 habitantes por km² (DNP, 2018b). Además, forma parte de la zona de desarrollo económico y social (Zodes) de Montes de María, subregión del departamento de Bolívar.

De acuerdo con el Censo Nacional de Población y Vivienda (DNP, 2018b), este municipio tiene una población de 46,112 habitantes, de los cuales el 55.5 % es población rural y el 44.6 %, población urbana. La distribución poblacional por género señala que 22,942 -50.4 %- son hombres y 22,382 -49.6 %-, mujeres y, en cuanto a la distribución poblacional por grupos etarios, el porcentaje de hombres jóvenes (entre 15 y 29 años) es de 26.9 %, mientras que el de mujeres jóvenes es de 25.7 %.

El municipio de María La Baja tiene una posición geográfica estratégica en la región de Montes de María, pues se encuentra en la ruta de la Transversal del Caribe, que va desde la ciudad de Cartagena hasta la ciudad de Sincelejo, de modo que conecta la costa caribe con el interior del país. Por esta razón, esta ubicación geográfica ha interesado a distintos grupos armados que se han disputado el control territorial de la zona, al ser considerada una ruta clave para transportar armamento, drogas y unidades de combate de dichas agrupaciones.

María La Baja presenta una estructura hídrica natural conformada por arroyos permanentes y estacionarios que desembocan en la cuenca del canal del Dique; esta, a su vez, cuenta con varias ciénagas con patrones de inundación semipermanente en función del flujo hídrico del río Magdalena (Alcaldía Municipal de María La Baja, 2001). En el municipio, se encuentra el 75 % del distrito de riego de María La Baja, formado por las represas de Matuya y Arroyo Grande; el 25 % restante se encuentra en los municipios de Mahates (20 %) y Arjona (5 %).



² Esta región está conformada por siete municipios pertenecientes al departamento de Bolívar (El Carmen de Bolívar, María La Baja, San Juan Nepomuceno, el Guamo, Zambrano, Córdoba y San Jacinto) y 8 municipios del departamento de Sucre (Ovejas, Chalán, Colosó, Morroa, Los Palmitos, San Onofre, San Antonio de Palmito y Toluviéjo).



Montes de María

Dicho distrito de riego fue construido en 1966, en el marco del proceso de Reforma Agraria impulsado por el presidente Carlos Lleras Restrepo. Con este, “se querían adecuar 25,000 hectáreas de tierra para el drenaje, control y aprovechamiento de las aguas lluvias y arroyos de la alta montaña y así incrementar la producción de arroz y la ganadería” (Ojeda et al., 2016, p. 19).

Aunque, en un principio, el distrito de riego estuvo destinado a la producción a pequeña escala de cultivos de arroz principalmente, con el tiempo, fueron apareciendo medianos y grandes productores que se vieron beneficiados por el distrito. Así, se generaron los primeros conflictos con los pequeños campesinos adjudicatarios de tierras de la Reforma Agraria. Posteriormente, hacia la década de los noventa, este distrito, inicialmente controlado por el Estado, pasó a manos de empresarios privados y, como lo ha señalado Ojeda, con el inicio de los cultivos de palma, su capacidad operativa ha sido destinada en gran medida a la producción de este cultivo (2015, p. 114).

Por otro lado, se ha reconocido históricamente el alcance del movimiento campesino en la región de Montes de María. Su máxima expresión se dio con la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) y la recuperación de tierras durante el proceso de Reforma Agraria durante los años sesenta y setenta del siglo XX. De acuerdo con Ruiz et al. (s.f.), oficialmente se logró titular aproximadamente 120,000 ha en la región.

Este proceso favoreció que se configurara una economía campesina familiar en la región y en el municipio de María La Baja.

Así, las dinámicas comunitarias en torno al uso, tenencia y apropiación de la tierra estaban centradas en la diversificación productiva de cultivos para el autoconsumo. Ello fortaleció la economía campesina, el arraigo de las comunidades con el territorio y los vínculos intergeneracionales; estos cambios consolidaron, a su vez, la defensa del territorio, como lo señalan OPDS y CDS (2014, p. 18).

Sin embargo, se generó un fuerte rechazo por parte de sectores conservadores y terratenientes hacia la ANUC por dos motivos principales. Esta condena se debió, primero, a la fuerza que tuvieron las recuperaciones de tierra por parte de la organización en esta región; segundo, se originó por la progresiva radicalización de la ANUC, que pasó de ser una asociación gremial afiliada al Estado a una organización independiente del Gobierno, con un ala radical de izquierda. Los sectores conservadores y terratenientes, preocupados por la situación que se presentaba en distintas regiones del país donde tenía fuerza la ANUC -como Montes de María-, con el apoyo del conservador Misael Pastrana Borrero en la Presidencia de la República, promulgaron el Pacto de Chicoral en 1972. Con este, se concluía la política agraria reformista; en su lugar, se planteaba que el desarrollo agrario debía darse por medio de las explotaciones agrarias a gran escala y no mediante de la repartición de los latifundios improductivos, mientras que el campesino de “baja productividad” debía desplazarse a las ciudades, donde sería captado por el creciente sector de la producción (Rudqvist, 1983, p. 3).

Con el fracaso del proceso de Reforma Agraria de los años sesenta y con el impulso a los procesos de reconcentración de la propiedad de la tierra en las últimas décadas del siglo XX que fomentaban el latifundio ganadero e improductivo, las dinámicas de producción en el municipio fueron cambiando. Se introdujeron nuevos cultivos agroindustriales en un contexto de apertura económica; en este escenario, la política agraria promovió el desarrollo de la agricultura comercial, “fomentando los cultivos de tardío rendimiento (como la palma de aceite) en detrimento de los cultivos transitorios, como medida para solucionar la crisis agrícola, sin afectar la inequitativa distribución de la propiedad de la tierra” (Espinosa, 2019, p. 96).

Finalmente, los cambios en el uso, tenencia y apropiación de la tierra que se produjeron en la región fueron producto tanto de las decisiones macroeconómicas y políticas de las últimas décadas del siglo pasado como del recrudecimiento del conflicto armado. En este último, se evidenció el interés de distintos actores políticos y económicos por controlar el territorio, “consolidando así la concentración masiva de tierras y la implementación del nuevo modelo de desarrollo agroindustrial, el cual requiere de grandes extensiones de tierra para ser competitivo y rentable.” (De los Ríos et al., 2012, p. 12)

Consolidación de la agroindustria de palma de aceite en relación con la dinámica de la tenencia de la tierra

Alcances, actores, capitales y cambios en los usos del suelo

Las dinámicas recientes entorno a la tierra en María La Baja evidencian la consolidación de una estructura agraria bimodal marcada por fenómenos de concentración y acaparamiento de tierras. De acuerdo con Giraldo, estos responden al actual ciclo de acumulación capitalista, caracterizado por el interés de inversores -legales e ilegales- por controlar las tierras para monopolizar la agricultura, la biodiversidad y las rutas del narcotráfico, con una ofensiva extractivista de acumulación por desposesión (2015, p. 1).

En ese sentido, el cambio productivo en María La Baja estuvo ligado al proceso de reconcentración de la tierra que tomó fuerza desde finales de los años noventa del siglo pasado y durante la primera década del siglo XXI. Durante este período, fueron determinantes la presencia de grupos paramilitares y narcotraficantes aliados con empresarios y políticos locales, la intensificación del desplazamiento forzado, el despojo de tierras y las compras masivas de tierras para implementar proyectos agroindustriales de palma de aceite, como lo señala Reyes (2009, citado en Rodríguez, 2016, p. 310).

Otros elementos importantes que fomentaron el cambio productivo en el municipio fueron la profundización de la crisis agrícola y el aumento de las importaciones de arroz en la década de los noventa del siglo pasado.

Dichos factores debilitaron la producción local de arroz, cultivo de gran importancia en la producción agrícola de María La Baja. A ello se sumó la dificultad de los productores de arroz mecanizados para comprar los paquetes tecnológicos requeridos para este cultivo (fertilizantes, abonos, semillas), así como su imposibilidad de pagar los créditos adquiridos para la compra de los predios; de esta manera, muchos campesinos perdieron sus tierras.

La especulación del mercado de tierras existente desde finales del siglo XX por las dinámicas planteadas anteriormente, la aparición de los cultivos de palma de aceite y los procesos de reconcentración de la tierra asociados a este cultivo a principios del siglo XXI constituyen aspectos centrales de las transformaciones recientes en la estructura agraria de este municipio. De este modo, la dinámica productiva de María La Baja da cuenta de la profundización de una agricultura bimodal. Esta realidad está determinada por la consolidación de la agroindustria de palma a través de grandes extensiones de tierra a costa del desplazamiento de la agricultura campesina en cada vez menores extensiones de tierra. De acuerdo con el Plan de Desarrollo Municipal 2020-2023, en 2017, el área cultivada de palma de aceite fue de 10,800 ha, seguida por el arroz mecanizado, con 1,793 ha; el plátano, con 1,300 ha; el ñame, con 600 ha; y el arroz seco manual, con 550 ha.

Por otro lado, según la Evaluación Agropecuaria Municipal del Ministerio de Agricultura (2016), la producción agropecuaria de María La Baja se caracteriza por la presencia de cultivos transitorios que, en orden de importancia en la producción (según la cantidad de toneladas), son el maíz (54.6 %), el arroz (41 %) y el ají (3.2 %). En el caso de los cultivos permanentes, en orden de importancia en la producción (por cantidad de toneladas), son la palma de aceite (68.1 %), el plátano (11 %) y la yuca (7.9 %).

Tabla 1. Hectáreas sembradas por tipos de cultivos en María La Baja, 2006-2018

CULTIVOS	2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018	TOTAL GENERAL
CEREALES	4,880	5,850	8,900	5,070	6,100	8,900	9,650	9,000	8,086	8,417	12,159	8,843	2,961	98,816
FIBRAS				6										6
FRUTALES		100	100	90	100	100	100	100	130	100				920
HORTALIZAS		150	50	80	80	40	70	60	30	70	40	80	180	930
LEGUMINOSAS		300		310	500	500	370	236	220			150	160	2,746
OLEAGINOSAS		2,900	3,160	3,300	5,300	8,000	8,310	11,015	9800	11,022	11,022	10,800	11,022	95,651
OTROS PERMANENTES		10	210	240	240	240	240	60	60	30	30	73	123	1,556
OTROS TRANSITORIOS								2						2
TUBÉRCULOS Y PLÁTANOS		1,280	1,050	1,230	1,270	1,260	830	1,070	1,130	1,800	2,230	2,400	4,100	19,650
TOTAL GENERAL	4,880	10,590	13,470	10,326	13,590	19,040	19,570	21,543	19,456	21,439	25,481	22,346	18,546	220,277

Fuente: Evaluaciones Agropecuarias Municipales. Elaboración propia.

Las evaluaciones municipales agropecuarias realizadas en los últimos doce años sobre María la Baja evidencian la profundización de la agricultura bimodal. La palma de aceite (oleaginosa) se ha expandido, mientras que los cultivos transitorios, como el ají (hortalizas) y el frijol (leguminosas), se han estancado o reducido; cabe recordar que estos últimos están asociados a la economía campesina.

La expansión del cultivo de palma de aceite en María La Baja se planteó como una alternativa productiva impulsada por el Gobierno nacional para hacer frente a la crisis arroceras que se vivió en este municipio durante la década de los años noventa. En ese escenario, el Estado colombiano fue expidiendo medidas de apoyo al cultivo de palma de aceite, como la creación del Fondo de Fomento Palmero en 1994, entre otras disposiciones de carácter nacional; en el nivel local, entidades financieras estatales, como el Banco Agrario, priorizaron los créditos a pequeños y medianos productores para la producción de este cultivo (Espinosa, 2019. pp. 95-96).

La expansión reciente de este cultivo ubica al municipio de María La Baja como uno de los 22 municipios palmeros del departamento de Bolívar, quinto productor de palma en el país. De acuerdo con el Anuario estadístico agropecuario del Ministerio de Agricultura, en 2016, este departamento contaba con un área sembrada aproximada de 45,000 ha (2016, p. 107) y alcanzó una producción de aceite de palma de 75,000 toneladas en 2018, el 4.61 % de la producción nacional. Según los estimados de la Fedepalma, en 2018, este cultivo generó, en todo el departamento de Bolívar, 11,000 empleos; de ellos, 4,419 fueron directos y 6,629, indirectos. Por su parte, ese mismo año, la productividad alcanzó las 2.5 toneladas de aceite de palma crudo por hectárea.

Sin embargo, en un contexto sociopolítico y económico tan complejo, la expansión del cultivo de palma en María La Baja ha estado ligada a otras dinámicas territoriales. Por ejemplo, la promoción de los primeros cultivos en este municipio se realizó en el mismo período en el que se incrementó la violencia ejercida por los grupos paramilitares. De acuerdo con el Grupo de Memoria Histórica (2010), ocurrieron 42 masacres y hubo 354 víctimas fatales en toda la región de Montes de María. La iniciativa de incentivo señalada estuvo encabezada por el empresario Carlos Murgas, exministro de Agricultura (1998-1999), quien implementó el modelo de las alianzas productivas de palma de aceite como un negocio inclusivo basado en la agricultura por contrato. Mediante este sistema, los campesinos se comprometieron a sembrar la palma de aceite por un tiempo estimado de entre 20 y 30 años para ser vendida al grupo empresarial Oleoflores, empresa de la familia de Carlos Murgas.

En ese escenario, la agricultura por contrato ayudó a consolidar el modelo agroindustrial de la palma en María La Baja: al no recurrir a una transacción de compra directa de la tierra, gozó de buena aceptación por parte de las comunidades campesinas, pues, en principio, no afectaba la propiedad de la tierra.

Sin embargo, en las últimas décadas, la expansión de la agroindustria de palma en este municipio a través de las alianzas productivas ha generado procesos de concentración productiva y acaparamiento del uso de otros recursos naturales en manos de las mismas

empresas palmicultoras, o de grupos económicos o políticos relacionados con este gremio. Tal es el caso del distrito de riego de María La Baja, que ha sido controlado por la empresa Oleoflores con la finalidad de vender agua para los cultivos de palma de aceite.³

Así mismo, este modelo que integra al pequeño productor en la cadena de valor de un cultivo de tardío rendimiento ha traído graves implicaciones para la economía campesina: ha desplazado a familias campesinas hacia centros urbanos de la región, como Cartagena; ha colocado en riesgo la soberanía alimentaria de la región y del municipio, como lo señala Rodríguez (2016, p. 286); y ha permitido que las empresas que controlan la producción agroindustrial, en función de la lógica del mercado internacional de los commodities, aumenten su poder económico y de decisión sobre las cadenas de distribución y comercialización mediante la determinación de los precios, lo que coloca en desventaja a los campesinos en la cadena de valor de la palma (Pastor, Concheiro y Wharen, 2017, p. 1).

Impactos de la agroindustria de palma en el proceso de descampesinización

Con énfasis en las desigualdades y recomposiciones en clave de género y generación

Palmicultura, género y generación

Los despojos cotidianos ocasionados por la dinámica de la expansión de la palma han afectado las dinámicas familiares y de relacionamiento de las comunidades campesinas frente al territorio; así, han configurado unos paisajes del despojo cotidiano (Ojeda, 2015), a partir de espacios del miedo que afectan de manera particular a las mujeres y a los jóvenes. De este modo, espacios de uso común, como los caminos entre las veredas que han quedado en medio de los cultivos de palma, se han convertido en espacios peligrosos para las mujeres, niñas y niños; de igual manera, la expansión del cultivo hasta los patios de las casas ha reducido los lugares en los que los y las jóvenes pueden compartir juegos y otras actividades cotidianas:

Los cruces de un pueblecito a otro son precisamente por la palma; por ejemplo, de Suprema a Paso el Medio, se unen por la palma. Entonces, por ahí cruza la gente. El camino para ir hasta allá [es] por medio de la palma [...] [en] el cultivo de palma los corozos son muy perseguidos por las ratas; entonces, ellos también compran culebras y las echan al cultivo de palma para que se coma las ratas y no se coma el corozo y bueno, también se ha visto muchos campesinos mordidos

3 Sobre el papel del grupo Oleoflores en el control del distrito de riego, puede verse <http://rutasdelconflicto.com/especiales/acuatenientes/>

por culebras. También ellas dicen que la palma está muy cerca a sus patios. Entonces, no se atreven mucho a pasar por debajo de la palma, porque tiene muchas culebras constantemente, y precisamente a los niños, a los jóvenes también les fue cambiando la vida porque ese era su territorio donde ellos jugaban. Entonces, las mujeres dicen que las niñas jugaban a la peregrina y otros tipos de juegos así, y ya las niñas no pueden salir a jugar allá por el cultivo de palma.

(Lideresa social, mujer adulta, María La Baja, 2020)

Como se señaló en el primer apartado de este capítulo, un tema fundamental para comprender las dinámicas del cambio agrario en el municipio es el acceso y control del recurso hídrico.

En ese sentido, un recurso objeto de despojo cotidiano asociado con la agroindustria de la palma es el agua. Este hecho ocurre en función de los cultivos y bajo el control de los palmicultores, quienes manejan el distrito de riego de María La Baja.

Han limitado el acceso al agua de las comunidades campesinas, lo que afecta las actividades cotidianas de las mujeres que implican el uso de un recurso históricamente considerado un bien común de las comunidades del territorio:

El distrito de riego que está acá en la zona de Montes de María a los únicos que les abre las compuertas para que el agua baje, es a los cultivadores de palma. Entonces, por ejemplo, en la comunidad de la Suprema, que es por donde pasa un canal, las mujeres ahí se abastecen del agua; ahí es donde lavan los platos, ahí es donde se bañan, ahí es donde bañan los niños, ahí también lavan, porque eso ha sido de toda la vida, como era un canal limpio que venía el agua precisamente del distrito de riego. Pero los de Asopalma, como ellos pagan el agua, el campesino no tiene cómo estar pagando tampoco esa agua que sale del distrito de riego. Entonces le echan el agua es al de la palma y el campesino se queda sin agua y a veces uno pasa por ahí para la zona de Playón, de Palo Altico y el canal seco. ¿Por qué el canal estaba seco? Porque ya habían regado la palma, así que en el momento en que la palma no necesita agua, el canal no tiene agua.

(Lideresa social, mujer adulta, María La Baja, 2020)

Otro impacto generado por la expansión del cultivo de la palma está relacionado con los usos de los canales del distrito de riego. Además de proveer agua a los monocultivos, estos son utilizados como vertederos de desechos provenientes de las plantaciones, lo que ha perjudicado la salud de las mujeres campesinas:

Ellas nos contaban que todas esas enfermedades que ellas han venido padeciendo es precisamente porque no hay acceso a agua potable a la zona. A pesar de que Montes de María tiene agua por

los cuatro costados, no hay agua potable; las mujeres les toca bañarse en los canales y en los canales lavan las bombas con que fumigan la palma. Pues sí, lavan las bombas con que fumigan, bañan los caballos, lavan las motos y todo eso ha ido ocasionado a que las mujeres padezcan de todas esas enfermedades.

(Lideresa social, mujer adulta, María La Baja, 2020)

Estos cambios en las actividades cotidianas de las mujeres inciden en las relaciones sociales de toda la comunidad campesina en torno al agua. Por ello, la priorización del recurso para el cultivo de palma por parte de sectores económicos y políticos vinculados con esta agroindustria ha suscitado rupturas en las actividades comunitarias y afectaciones en los cultivos tradicionales de autoconsumo, como lo menciona Ojeda (2016, p. 10).

En relación con las actividades productivas que realizan las mujeres campesinas en el municipio, la expansión de la palma ha generado labores concretas que implican una doble carga para ellas. Esto se debe a que, en muchas ocasiones, deben encargarse tanto de las labores domésticas como del trabajo en las plantaciones de palma como recogedoras del corozo con la finalidad de llevar un excedente monetario a sus familias:

o sea, recoger unos corozos agachadita todo el día de uno en uno, por un valor muy barato. De todas maneras, a las mujeres le pagan menos que a los hombres; las mujeres después de terminar de recoger el corozo igual tienen que hacer los quehaceres de la casa, muy cansadas porque de todas maneras salen muy temprano a los cultivos de la palma a recoger la pepa de la palma que caen al suelo. Entonces, eso es, se lo compran pesado y es muy barato.

(Lideresa social, mujer adulta, María La Baja, 2020)

En el caso de los cambios en las dinámicas de las y los jóvenes campesinos, la expansión del cultivo de palma ha generado nuevas actividades en el municipio a las que se vincula de manera masiva este sector poblacional.

Tal es el caso del mototaxismo en el interior del casco urbano, o entre este y las veredas, labor que desvincula a los jóvenes del campo y que profundiza el proceso de descampesinización en las nuevas generaciones. Las labores directas de los jóvenes en el cultivo se vinculan principalmente con empleos como jornaleros en la recolección del fruto o corozo de la palma:

Son varios, muchos los jóvenes que trabajan en el proceso de la palma, porque ellos van precisamente a recoger corozo. Cuando uno sale a trabajar a la zona de Montes de María arriba, también ve donde están los jóvenes recogiendo el corozo de la palma, porque de todas maneras no hay otras opciones de trabajo en la zona. Los papás son de bajos recursos, cuando ya después

terminan el bachillerato y mandarlos hacia la ciudad de Cartagena a la Universidad les queda difícil porque no tienen los recursos específicos para eso. Entonces, qué más les toca, recoger la palma.

(Lideresa social, mujer adulta, María La Baja, 2020)

Palmicultura, descampesinización y modos de vida campesinos

Es necesario reconocer que los impactos de la agroindustria de la palma de aceite en el proceso de descampesinización y en el cambio agrario en María La Baja se enmarcan tanto en los debates sobre la concentración y el acaparamiento de tierras como en otras dinámicas en torno a la propiedad, uso y ocupación de la tierra, y que se refieren, de acuerdo con Sánchez et al., a

los efectos, consecuencias e influencias que tienen estas dinámicas de concentración y acaparamiento sobre el territorio y sus habitantes. Por lo tanto, independientemente de la escala, la forma de posesión y/o adquisición, el origen de los capitales e individuos involucrados, o de los orígenes del fenómeno, lo sobresaliente debe ser el cambio, el trastrueque o control territorial. (2019, pp. xx-xxi)

Desde esta perspectiva, los planteamientos de Ojeda et al. sobre los paisajes del despojo cotidiano permiten comprender las dinámicas de la expansión del cultivo de palma y del acaparamiento territorial en María La Baja en relación con el proceso de descampesinización. En este, “se configura un conjunto de mecanismos de control cotidianos que acaban por establecer un paisaje concreto de despojo. Por medio de estos mecanismos del día a día se controlan recursos como la tierra y el agua, privatizándolos y delimitándolos por medio de espacios de miedo” (2015, p. 117).

Esta desestructuración del tejido social se evidencia en los cambios que se han producido en las prácticas comunitarias de trabajo productivo para la economía familiar campesina, como el intercambio o trueque de productos, el trabajo conjunto en las parcelas o el préstamo de tierra entre los miembros de la comunidad para sembrar productos con fines de autoconsumo. El testimonio de una lideresa social del municipio evidencia cómo la llegada de la palma de aceite generó cambios en las relaciones sociales de los campesinos y, de este modo, desestructuró el tejido social de las comunidades:

Entonces ya no se veía el campesino ni regalarle una mata de yuca, ni un plátano, ni un ñame, e incluso anteriormente los campesinos el uno al otro, si un campesino tenía 7 hectáreas, 5 hectáreas y el otro no tenía una hectárea de tierra, entonces el campesino le prestaba 1 hectárea de tierra para que el otro compañero cultivara, sembrara la producción fuera de ñame o de cualquier tipo de producto que quería sembrar ahí. Entonces, eso cambió totalmente porque ahora no hay tierra; es muy poco el campesino que tiene tierras para él mismo sembrar y entonces, si no hay para el campesino que es dueño de la tierra sembrar, mucho menos hay para prestar la tierra.

(Lideresa social, mujer adulta, María La Baja, 2020)

La influencia de la agroindustria de palma de aceite en María La Baja en el proceso de descampesinización -en la ruptura de los modos de vida campesinos- también se expresa a través de cambios en las actividades productivas de las comunidades campesinas y de la pérdida de la soberanía alimentaria. Al respecto, una lideresa social de la zona manifiesta:

Ellas nos contaban que la palma les cambió la vida [...] con el tema de la seguridad alimentaria, puesto que anteriormente cualquier campesino o campesina le podían regalar desde una parcela, un gajo de plátano, una mata de yuca, pero esas cosas cambiaron mucho, puesto que el pancoger lo tumbaron para sembrar la palma aceitera, pero fueron muchos los campesinos que dentro de su parcela tumbaron todo lo que tenía que ver con frutales, todo el pancoger para sembrar el cultivo, puesto que las opciones que les dieron los de Asopalma era cambiarle totalmente la vida.

(Lideresa social, mujer adulta, María La Baja, 2020)

La expansión del cultivo de la palma a través de las alianzas productivas se ha planteado como una oportunidad para que el campesino se integre a la cadena productiva sin perder su tierra.

Sin embargo, al ser un cultivo con una vida productiva de 20 a 30 años aproximadamente, quien siembra palma pierde la autonomía de decidir sobre su parcela.

Esto se debe, por un lado, a que las características de la palma impiden sembrar a su alrededor; por otro lado, a que los campesinos que deciden sembrar este cultivo asumen créditos sobre la base de su propiedad, de manera que quedan sujetos a la producción de la palma, como relata un campesino que tomó esta decisión:

Lo que pasa es que por lo menos la palma, ella tiene un proceso de duración de 25 años. Entonces, si no es por enfermedad, uno no la puede erradicar, porque con qué le paga a la empresa. Entonces, no podemos hacernos ilusiones que si viene la siembra de arroz, que los arroceros se organicen para vender su producto a buen precio y esas cosas. Nosotros no nos podemos pensar nunca en esas ilusiones, porque la palma tampoco dejan que le siembren nada abajo; es que ella cuando se cierra arriba, por debajo las raíces también se han encontrado una mata con otra, entonces las raíces se encuentran primero que las palmas arriba, que las hojas. Entonces, eso no deja producir nada ahí; entonces, el lema de ella es que ella, cuando la siembra uno, ella quiere el territorio para ella sola.

(Líder campesino, 2019)

Los elementos mencionados anteriormente dan cuenta de un proceso de descampesinización impulsado por la expansión del cultivo de la palma en el municipio de María La Baja; este proceso ha afectado las dinámicas comunitarias en torno a la propiedad, uso y ocupación de la tierra. De este modo, la consolidación de un enclave productivo de palma aceitera es producto de la participación de sectores políticos y económicos nacionales, además del apoyo del Estado colombiano. Este proceso evidencia cómo se ha generado un cambio agrario en las últimas décadas, transformación en la que el papel de la economía campesina dentro de las dinámicas productivas del municipio ha disminuido.

Elementos clave de la expansión de la agroindustria de palma en María La Baja

- Las dinámicas recientes en torno a la tierra en María La Baja evidencian la consolidación de una estructura agraria bimodal marcada por fenómenos de reconcentración de la propiedad de la tierra y acaparamiento -asociados a la expansión de la agroindustria de palma-, y por el desplazamiento de la agricultura campesina cada vez en menores extensiones de tierra.
- La consolidación de la agroindustria de palma en María La Baja, a finales de la década de los noventa e inicios del siglo XXI, está asociada a las dinámicas de una configuración territorial marcada por la intensificación del conflicto armado y la violencia paramilitar, con procesos de desplazamiento y despojo de tierras, compras masivas y la posterior implementación de proyectos agroindustriales de palma de aceite.
- El avance del proyecto agroindustrial de palma se ha desarrollado profundizando desigualdades y asimetrías en distintos niveles; sectores económicos y políticos privilegian el cultivo de palma, apoyados a través de medidas institucionales locales y nacionales, al mismo tiempo que se desincentiva la producción campesina.
- La agricultura por contrato ha sido funcional a la consolidación del modelo agroindustrial de la palma en María La Baja; el argumento es que este sistema no genera la pérdida de la propiedad de la tierra de los campesinos, pues no se recurre a la compra directa de este recurso. Esta lógica le ha conferido mayor aceptación en distintos sectores de la sociedad colombiana.
- La expansión de la agroindustria de palma ha desencadenado procesos de concentración productiva y acaparamiento de otros recursos naturales en manos de las mismas empresas palmicultoras o de grupos económicos o políticos cercanos a este gremio, como ocurre con el distrito de riego de María La Baja.
- La disposición del agua en función de las necesidades de la agroindustria de palma y el control del distrito de riego de María La Baja por parte de los palmicultores han limitado el acceso a este recurso por parte de las comunidades campesinas. Esto ha afectado las actividades cotidianas de las mujeres sobre un recurso que ha sido históricamente considerado un bien común; así mismo, ha producido rupturas en las actividades comunitarias y afectaciones en los cultivos tradicionales de autoconsumo.

- El aumento de los cultivos de palma ha generado labores concretas que implican una doble carga para las mujeres. En muchas ocasiones, deben encargarse de las labores domésticas de los hogares, además del trabajo en las plantaciones de palma con el fin de obtener un excedente monetario para sus familias.
- La expansión de la palma ha cambiado las dinámicas de los jóvenes. Ahora, se dedican a nuevas actividades en el municipio, las cuales los desvinculan de las labores en el campo; en consecuencia, se profundiza el proceso de descampesinización en las nuevas generaciones.
- La agroindustria de palma de aceite en María La Baja ha desencadenado un proceso de descampesinización, con la ruptura de la identidad campesina en sus dimensiones productiva, territorial, cultural y organizativa. Ello se ha producido por la afectación de las dinámicas comunitarias del campesinado en torno a la propiedad, uso y ocupación de la tierra, que, a su vez, implican desigualdades y recomposiciones con marcas de género y generacionales.

3 EL CASO DEL ORIENTE ANTIOQUEÑO

Caracterización del caso

El municipio de La Unión y su inserción en las dinámicas agroindustriales de la región

El municipio de La Unión, Antioquia, está ubicado al suroriente del departamento de Antioquia, en la región conocida como el Oriente Antioqueño.⁴ Tiene una población de 21,475 habitantes; el 60.46 % se ubica en la cabecera urbana y el 39.54 %, en la zona rural, compuesta, a su vez, por 25 veredas y 1 corregimiento. Su composición poblacional muestra que el 50.3 % de los habitantes son mujeres y el 49.7 %, hombres. Los y las jóvenes entre 15 y 29 años representan el 53.29 % de la población, y constituyen el grupo etario más significativo dentro de la estructura poblacional; una leve mayoría de jóvenes hombres exhibe una tendencia contraria a la distribución de género municipal (DNP, 2018).

La Unión separa dos conjuntos de municipios que se diferencian claramente en el interior del Oriente Antioqueño: la subregión Altiplano, con niveles de urbanización e industrialización significativos, y la subregión Páramo, con localidades predominantemente rurales. Así, los llamados proyectos de desarrollo, impulsados por el Estado y algunos sectores económicos, se concentran en un pequeño núcleo de cinco municipios: Rionegro, Marinilla, La Ceja, El Carmen de Viboral y El Santuario. Al converger, producen condiciones de desigualdad y exclusión en relación con las demás poblaciones de la región. Este marcado contraste dentro del Oriente Antioqueño -denominado fractura espacial (García et al., 2011)- resulta central en la comprensión de las dinámicas territoriales de la región y permite explicar el avance de la floricultura en el municipio de La Unión.

Dicho municipio se sitúa en medio de un vecindario con dinámicas bastante diversas. Escasos 30 km lo separan de Rionegro, que funciona como centralidad regional y donde se ubica el aeropuerto internacional que sirve a la ciudad de Medellín, capital del departamento de Antioquia. Más aún, comparte fronteras con los municipios de la zona Páramo, cuyas densidades poblacionales son mucho más bajas y donde sobresale una producción campesina estable y dinámica en términos de la cantidad y diversidad de alimentos. La Unión tiene un área de 200 km² -200,000 ha- que se destinan, principalmente, a la producción agropecuaria (DNP, 2014). Es uno de los dos municipios antioqueños con mayores reservas de caolín (Gobernación de Antioquia y Cámara de



4 El Oriente Antioqueño está compuesto por 23 municipios, agrupados en cuatro subregiones: Rionegro, La Ceja, El Carmen de Viboral, Marinilla, Guarne, El Santuario, San Vicente y La Unión, en la subregión Altiplano; Alejandría, Concepción, Granada, Guatapé, El Peñol, San Carlos y San Rafael, en la subregión Embalses; Sonsón, Argelia, Nariño y Abejorral, en la subregión Páramo; y Cocorná, San Francisco y San Luis, en la subregión Bosques.

Comercio de Medellín para Antioquia, 2010), de manera que posee una actividad minera estable que ocupa un renglón importante en su economía.

La actividad agrícola, por el contrario, ha experimentado transformaciones importantes después de un proceso de debilitamiento a causa del conflicto armado.⁵ Este tuvo expresiones muy fuertes en la región entre 1997 y 2007, período en el que todos los municipios presentaron una disminución en el porcentaje relativo de área cultivada (García et al., 2011).

A medida que la confrontación armada se fue atenuando, el sector agrícola se ha dinamizado; no obstante, muestra cambios importantes en relación con los productos cultivados, los impulsores de estas actividades y el modelo productivo que están instaurando en el campo.

En la última década, se evidencia un aumento de cultivos no convencionales, como la fruta pequeña (fresa, tomate, mora, uchuva) y las flores, mientras que el área sembrada con productos insignia de La Unión, como la papa o el maíz, ha disminuido o no presenta la misma dinámica. El municipio que fuera el mayor productor de papa en el Oriente Antioqueño ostenta hoy la mayor área sembrada de fresa a nivel departamental y, como se profundizará a continuación, presenta la mayor área nueva destinada al cultivo de flores.

Tabla 2. Comparación entre las áreas con cultivos convencionales y no convencionales en el municipio de La Unión

PRODUCTO	ÁREA SEMBRADA (HA) 2012	ÁREA SEMBRADA (HA) 2018
Fresa	85	265
Tomate	46	91
Mora	51	73
Papa	1477	982
Chócolo	57	63
Frijol	49	42

Fuente: Gobernación de Antioquia (2013 y 2018). Elaboración propia.

En este punto, resulta importante señalar que las frutas han empezado a ocupar espacios destinados a cultivos tradicionales y se orientan a circuitos de comercialización especializados. Además, no forman parte de la canasta básica alimentaria de las familias del municipio, como sí lo hacían productos como el frijol, la papa y el maíz.

5 El Oriente Antioqueño experimentó un período de ascenso del conflicto armado entre 1997 y 2007; durante este momento, se presentaron afectaciones profundas. Cinco de sus municipios son algunos de los más afectados por el desplazamiento en el país (Acción Social, 2010), y es la región con mayor cantidad de tierra abandonada y despojada en el departamento de Antioquia (Forjando Futuros e IPC, 2012). Las afectaciones más fuertes se concentraron en las poblaciones más periféricas, mientras que las más industrializadas y urbanizadas actuaron como receptoras de población.

El avance de la agroindustria de las flores

Alcances, actores, capitales y cambios en el uso del suelo

El establecimiento y la expansión de la floricultura constituyen la mayor expresión de la recomposición socioproductiva en el municipio. Se trata del primer producto agrícola que no se destina a la alimentación, sino completamente al mercado y, por primera vez, al internacional. Sus procesos de producción se diferencian de forma importante de los cultivos tradicionales del municipio en términos de las relaciones laborales, de la utilización de insumos y, en suma, de las lógicas que se utilizan en el proceso productivo; es decir, la floricultura inaugura una explotación agrícola de tipo empresarial (Van der Ploeg, 2010).

El establecimiento y la expansión de los cultivos de flores en el municipio de La Unión están vinculados con el modelo de desarrollo rural promovido por el Estado. La cadena de las flores ha sido impulsada decididamente desde el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural: mientras en 2010 los apoyos para el sector se estimaron en 14,062 millones de pesos, en 2018 ascendieron de forma contundente a 168,793 millones de pesos (Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, 2019).

Si bien la floricultura es una actividad con varias décadas en la región del Oriente Antioqueño, en La Unión es más reciente: los primeros cultivos se establecieron en la última década. El municipio posee condiciones favorables que lo han convertido en un escenario muy atractivo dentro de la región. Las posibilidades de acceso a tierras son mayores que en otros municipios de la subregión Altiplano, y hay disponibilidad de agua y mano de obra. Además, la cercanía al aeropuerto internacional y la vecindad con el municipio de La Ceja -el mayor exportador de flores de la región- facilitan los procesos de comercialización.

Gracias a estos factores, La Unión es hoy el municipio de la región con mayor número de hectáreas nuevas sembradas con flores y el tercero con mayor producción después de La Ceja y El Carmen de Viboral (Gobernación de Antioquia, 2018).

Tal como se confirma en la siguiente tabla, el área sembrada de flores ha ido aumentando desde 2012 hasta duplicarse en un lapso de 6 años. Entretanto, cereales, tubérculos y leguminosas -todos cultivos tradicionales y con una importante contribución al autoconsumo familiar- han perdido importancia o, en el mejor de los casos, han experimentado altibajos. En este punto, comienza a evidenciarse un proceso de descampesinización a causa del abandono de la producción tradicional de alimentos y de la instauración de un modelo de agroindustria basado en el monocultivo de las flores.

CULTIVOS	2006	2007	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018	TOTAL
Cereales	50	90	53	38	38		57	84	40	22	44	99	53	668
Flores y follajes							120	125	132	132	152	197	247	1,105
Frutales		315	315	295	291	282	285	382	362	362	419	456	444	4,208
Leguminosas	52	77	58	64	64		49	49	45	12	24	34	19	547
Tubérculos y plátanos	740	1,135	604	1,493	1,493	1,435	1,556	1,199	1,251	624	1,126	1,120	557	14,333
Total general	842	1,617	1,030	1,890	1,886	1,717	2,067	1,839	1,830	1,152	1,765	1,906	1,320	20,861

El avance de la floricultura en La Unión posee un componente extra, central para comprender cómo se instala el modelo agroindustrial en el municipio y cómo se configura la bimodalidad de la agricultura. Además de los medianos empresarios capitalistas que establecen los cultivos, es necesario advertir a los pequeños productores e, incluso, a los trabajadores de los negocios de las flores. Los primeros adoptan el cultivo, mientras los segundos deciden establecer una plantación propia y realizar acuerdos de comercialización con sus patrones, por lo general, medianos empresarios capitalistas.⁶

En virtud de nuestro trabajo previo en La Unión (Jaramillo y Osorio, 2015), podemos afirmar que ningún producto ha sido cultivado y comercializado por empresas cuya lógica productiva se diferencie ampliamente de la producción campesina de tipo familiar.

Con esto, queremos señalar que la llegada de los cultivos de flores no solo ha significado un cambio en el uso del suelo, sino que ha originado transformaciones y situaciones inéditas en otros niveles: el paisaje, el mercado de trabajo, las relaciones familiares, el papel de las mujeres en la familia, los hábitos de consumo y la participación de las familias en la vida comunitaria.

Todos los ámbitos señalados anteriormente resultan de interés por los procesos de descampesinización que el avance de la agroindustria genera en el municipio. Por ahora, es importante señalar que una de las consecuencias más visibles de la expansión de la floricultura en el municipio es la dinamización del mercado de trabajo. La Unión exhibe una tasa de ocupación del 78.7 %, la más alta en el Oriente Antioqueño (PNUD y DPS, 2013). En este aspecto, el abanico es amplio: la floricultura genera una variedad de formas de contratación, jornadas, ritmos de trabajo, y relaciones entre patrones y jornaleros. Se encuentran modelos muy flexibles, como el trabajo por días en los cultivos; también,

6 Esta figura, conocida como encadenamientos productivos, forma parte de la política estatal y está presente en muchos cultivos del país (Mondragón, 2007).

empresas floricultoras, por lo general las más grandes, que ofrecen contratos laborales con las prestaciones sociales exigidas por la ley, jornadas de trabajo estandarizadas y actividades especializadas para cada trabajador, como el corte, la siembra o el empaque.



Cartografía social de los cultivos de flores en la vereda San Juan, elaborada por Liliana Gómez, investigadora local de este proyecto (marzo de 2020).

De manera más específica, el cultivo de flores en la vereda San Juan, donde este trabajo se centra, da cuenta de un fenómeno en curso y, además, muy poco estudiado. El crecimiento de los cultivos de flores de la vereda está relacionado tanto con el número de cultivos como con su tamaño. Así, según la información obtenida con esta cartografía, la vereda San Juan tiene hoy alrededor de 31 cultivos de flores. Algunos se han desarrollado en lotes distintos a través de inversiones paulatinas de un mismo propietario, es decir, compra de nuevas tierras; otros se han expandido en un mismo terreno. Es el caso del floricultivo donde Luz trabaja desde hace 6 años: “cuando entré ahí apenas estaba empezando. Eran los primeros bloques que estaban haciendo; mejor dicho, cuando entré apenas habían 2 bloques y ahora ya hay 15”. Decimos que se trata de un proceso expansivo, que, en el caso de este cultivo, alcanza un crecimiento del 650 % en un período de tiempo relativamente corto y hoy emplea a cerca de 125 personas.

Tal como se aprecia en el mapa, los floricultivos están distribuidos por casi toda la vereda: se ubican junto a las vías de acceso y, en su mayoría, cerca de fuentes de agua importantes. En San Juan, se mantiene la tendencia municipal y el cultivo más extendido es el de hortensias; no obstante, también hay pompones y rosas, estas últimas bastante escasas en la región del Oriente Antioqueño, pues se concentran principalmente en la Sabana de Bogotá, la región más productora del país. La presencia de diversos cultivos de flores en la vereda advierte su potencial para la expansión de la floricultura.

La floricultura en el municipio de La Unión muestra una bimodalidad que emerge y se configura en escalas pequeñas, a saber, el predio, la vereda y el municipio. No obstante, se trata de una agroindustria con una tendencia expansiva de corto plazo e intensiva en lo relativo al uso de insumos, de agua y de suelo, y en la búsqueda del mayor rendimiento. Como se ha señalado, las dinámicas de la floricultura en el municipio de La Unión se relacionan estrechamente con otros procesos de configuración territorial de la región, principalmente con lo que ocurre con la urbanización e industrialización en la subregión Altiplano; a su vez, en dicha subregión, se concentran los agentes comercializadores de las flores o propietarios de los floricultivos de la vereda San Juan. Una de sus expresiones más concretas de estos procesos es el menoscabo de la economía campesina y, como se aborda en el siguiente subtítulo, la afectación a otras dimensiones, todas estrechamente asociadas al modo de vida campesino.

Impactos de la agroindustria de las flores en el proceso de descampesinización

Con énfasis en las desigualdades y recomposiciones en clave de género y generación

Floricultura, género y generación

De acuerdo con las estimaciones disponibles, en la Sabana de Bogotá, la mayor región productora de flores en el país, el 70 % de los trabajadores son mujeres y el 30 %, hombres. En Antioquia, la segunda región productora, la tendencia es contraria: 60 % de hombres y 40 % de mujeres. De forma general, se observa que las y los menores de 28 años constituyen la tercera parte de los trabajadores, y las y los mayores de 38, más de la mitad. Para el 90.6 % de los trabajadores, el empleo en el rubro de las flores constituye su única fuente de ingresos y el 65.6 % de las mujeres trabajadoras son madres cabeza de familia. El 47.4 % afirmó que obtenía un salario mínimo y el 45 %, entre uno y un salario y medio mínimo. El 95.9 % tiene contrato de trabajo, pero las modalidades son distintas en cada región. Mientras que, en Antioquia, la mayoría de empresas contrata directamente al trabajador, en la sabana de Bogotá prevalece la contratación a través de bolsas de empleo o empresas intermediarias (ENS, 2016).

No disponemos de información detallada acerca de la composición según el género y la edad de los trabajadores del rubro de las flores de la vereda San Juan, municipio de La Unión, Antioquia, donde realizamos este trabajo. Sin embargo, identificamos que mujeres, y mujeres y hombres jóvenes participan de manera importante en estos cultivos; sus experiencias muestran que el género, la edad, la situación económica y la posición dentro del mercado laboral son aprovechados por esta agroindustria para su expansión, cuyos impactos son diferentes según el grupo poblacional. Además, la participación de jóvenes de ambos sexos y mujeres en la floricultura produce efectos más amplios sobre la familia y el lugar de las generaciones jóvenes en los territorios rurales y la reproducción de los modos de vida campesinos.

Las motivaciones de mujeres y hombres jóvenes, por un lado, y mujeres adultas, por otro, para trabajar en los cultivos de flores contrastan de manera contundente. Mientras que las y los primeros lo consideran un trabajo temporal, las mujeres, en su mayoría cabezas de hogar, lo tienen como una de sus pocas opciones.

Cuando Esteban, de 20 años; Alexander, de 18; Julio, de 22; y Mauricio, de 24, terminaron el bachillerato y se dedicaron más de lleno al mundo del trabajo, encontraron en las floristerías su primera opción. Mauricio incluso migró desde otro municipio en busca de una oportunidad en las flores una vez terminó de prestar su servicio militar. Estos jóvenes comparten sus proyecciones: no ven el trabajo en las flores como una opción de futuro y su tiempo de experiencia en los cultivos donde actualmente trabajan oscila entre uno y siete meses. Según nos cuenta Esteban, “yo todos los días he pensado: si tengo la posibilidad de trabajar en floristería, espero que no sea demasiado, porque mi proyecto de vida es poder trabajar realmente en algo que a mí me apasione” (Esteban, 20 años, La Unión, 2020).

El balance que hacen las mujeres -sobre todo cuando se trata de madres cabeza de hogar- es muy diferente: “nosotros estamos aquí por la necesidad [risas], porque uno sabe que si deja de trabajar allá tiene que conseguir trabajo en otro lado. Usted no puede decir: ‘ah voy a dejar de trabajar y me voy a quedar en la casa’. No. Uno sabe que si deja de trabajar allá tiene que conseguir trabajo en otro lado”, dice Luz, madre de 3 hijos y sostén económico de su hogar. Ella se refiere así a la situación de otras mujeres compañeras de trabajo, quienes, a pesar de haber realizado algún estudio técnico, terminan dedicándose a la floricultura, aunque allí no tengan muchas opciones de desarrollo laboral ni su formación reciba reconocimiento alguno.

La mayoría, que pecao, son para pagar un arriendo, porque uno se pone a hablar con ellos así “que pesar usted aquí tan joven”. Así como muchachas que han estudiado, que tienen su carrera y les pregunta uno que por qué llegan a eso allá que qué pesar y todo, pero uno llega allá y uno como que se estanca, porque ¿usted qué posibilidades tiene de pasar de ahí? Ninguna. Usted ahí ascender a un supervisor y quedarse siendo un trabajador normal es la misma cosa. Y allá hay peladas que llegan diciendo “yo estudié secretariado, yo estudié no sé qué”, y ahí cogiendo flores, y que ¿por qué? Ah, que porque no les resultó la oportunidad, que hicieron prácticas y nunca las llamaron, que tienen que pagar un arriendo, que tienen un hijo y que tienen que ver por él.

(Luz, 39 años, La Unión, 2020)

El trabajo en la floricultura se presenta como una buena opción cuando los y las jóvenes deciden o deben dedicarse de forma intensa al trabajo asalariado: “[...] desde que salí del bachillerato, ha sido la oportunidad más cercana laboralmente; es en lo que me he desempeñado”, cuenta Julio, de 22 años. Él completa 6 meses en su actual trabajo; allí fue contratado formalmente por primera vez, logro que valora en tanto sus ingresos son

centrales para la economía de la familia, conformada por la abuela, una tía y tres primos: “el aporte es totalmente económico, pues yo soy segunda cabeza capital del sustento económico de mi familia”. Es claro que el valor de la experiencia laboral para los y las jóvenes es diverso en función de lo que representan sus ingresos en la economía familiar y el propio sustento. Alexander trabaja para cubrir sus gastos personales; ha cambiado varias veces de trabajo y, en el actual cultivo, lleva un mes. Por su parte, Mauricio, proveniente de otro municipio, consigue su sostenimiento a través del trabajo en las flores: “mientras tenga el trabajito en la empresa, pues por aquí seguiré” y afirma que su plan es realizar un curso de vigilancia para trabajar en la ciudad.

El cultivo de las flores es para muchas y muchos jóvenes su primer empleo y su fuerza vital juega a su favor. Así lo relata Mauricio, quien trabaja en el área de corte: “uno va es por el rendimiento [risas], a quedar alto. El rendimiento son 50 ramos por hora; son 500 tallos. Entonces, la idea es que uno quede al promedio, porque si queda más bajito, entonces ya ahí es donde le comienzan a decir cosas a uno, que tiene que mejorar y eso”. No obstante, al primar el criterio de la productividad, los jóvenes enfrentan exigencias cada vez mayores: “estoy amañado y todo, pero no faltan las cosas... a veces los superiores son muy... no los entiende uno [risas]. A veces como que quieren mucho; yo no sé. Así uno les trabaje duro, ellos quieren más, quieren más, quieren más. Entonces, pues uno se va acomodando ahí, pero sí hay veces que dan mucha lidia” (Mauricio, 24 años, La Unión, 2020).

En el cultivo donde Abel trabajó 5 años, la edad es un factor importante para la distribución de algunas funciones. Los jóvenes trabajan en áreas que requieren rapidez y agilidad, mientras que, en labores que exigen más pericia, prefieren a los mayores. Aunque, por supuesto, hay excepciones; él ilustra de la siguiente forma las tendencias que marcan la distribución de trabajo según la edad:

[...] allá todo es por edad. Por ejemplo, la gente de corte son muchachos jóvenes; siempre todos son jóvenes. La gente de la sala también es joven. La gente de preparación son señores mayores. La gente de riego sí es en general, sin depender la edad; ahí sí puede cualquiera, pero es por lo siguiente: porque digamos en preparación hay que trabajar con muchas herramientas y la gente de edad tiene más experiencia en eso, y la gente joven para corte son más ágiles. Claro que todavía hay personas de edad que aún somos ágiles.

(Abel, extrabajador de las flores, 45 años, La Unión, 2020)

Las condiciones de las mujeres no son muy diferentes. El género y la edad importan al momento de la contratación, pero no generan distinciones en cuanto a las exigencias de productividad para los trabajadores de los floricultivos. La participación de las mujeres se destaca en algunas áreas: se considera que están mejor preparadas para trabajos que exigen habilidades manuales y delicadeza, mientras que las labores que precisan de más fuerza se reservan para los hombres. Luz lleva 6 años trabajando en la empresa y ha pasado por todas las áreas: “cuando entré inicialmente, llegue a siembra, y en este momento hago de todo. Lo único que no hago es monitoreo, pero de resto siembra, desmalece, sala, corte, en todo”. De acuerdo con su conocimiento, las labores por género en el floricultivo donde trabaja se distribuyen de la siguiente manera:

En la buquetera solamente hay un hombre: son 10 mujeres y 1 hombre, y en el monitoreo también solamente hay un muchacho; de resto es solo mujeres: hay 7 mujeres y un hombre [...]. Por ejemplo, en siembra, tampoco llegan a meter hombres; siempre son mujeres que porque son más dóciles, que porque se agachan más fácil, que porque los hombres son más tiesos. En el desbotón, también solo son mujeres que porque los hombres son más manibruscos⁷ y que quiebran las maticas. Así como en el empaque de la flor, el último proceso, tampoco meten mujeres que porque eso ejerce mucha fuerza y que las mujeres no tenemos fuerza para descargar esas cajas.

(Luz, 39 años, La Unión, 2020)

Aunque se tiene la idea de que las habilidades laborales de las mujeres son “más suaves”, sus tareas en los floricultivos no están exentas de dureza y exigencia física. Según nos cuenta Elena, “uno tiene que estar en cuclillas todo el día”.

Esto ocurre en el área de siembra, una de las que cuenta con mayor participación femenina. Con 34 años y 4 de experiencia en el cultivo, ha sentido el rigor de estas labores. También hay hombres que perciben esta situación. Abel, extrabajador de las flores, relata: “para las mujeres sí es más duro”. Cuando le preguntamos si él se dedicaba a la siembra, respondió con firmeza: “no, yo no era capaz; a mí las rodillas no me daban para eso. Es muy pesado” y agregó:

En la siembra, casi siempre son mujeres; mejor dicho, el 90 % son mujeres. Quizás asignen a un hombre, pero no lo dejan mucho tiempo [...]. Algunas áreas, digamos la siembra, eso es un trabajo muy duro [...], porque las mujeres son más verracas para trabajar que los hombres, o en una floristería sí. Yo no soy capaz de hacer lo que hace una mujer allá, no en fuerza, sino en aguante. Ellas aguantan más que cualquiera; yo no sé cómo hacen.

(Abel, extrabajador de las flores, 45 años)

Las exigencias de productividad también están a la orden del día para las mujeres. Así relata Luz la experiencia que vive con su jefa inmediata, una ingeniera: “a ella no le importa, sino que rinda. A ella no le importa que quede bien hecho, que tenga buena calidad, que la persona lo haga con su debido tiempo, no. A ella lo único que le importa es que a usted le rinda y ya”. Así, los criterios de calidad que supuestamente justifican la supervisión de los trabajadores por parte de alguien con mayor formación se desdibujan. Luz continúa: “así la siembra le quede mal hecha, así usted siembre el esqueje o haga el corte y dañe la mitad de flor, a ella lo único que le importa es que le rinda, que le rinda a la persona y ya”.



7 Una expresión que da cuenta de un trato tosco, poco delicado.

Las relaciones laborales en los floricultivos son jerárquicas y están marcadas por un fuerte ejercicio de la autoridad, sobre todo las relaciones entre los supervisores y los trabajadores.

Acerca de su experiencia con los supervisores, Mauricio anota: “sí me han hecho alterar mucho, pero yo como que mejor salgo y me voy”. Aquí tampoco hay distingos y tanto personas adultas como hombres y mujeres jóvenes se enfrentan a maltratos en sus jornadas laborales. El balance es, por lo general, desfavorable para los trabajadores, quienes, ante la necesidad de conservar sus empleos y la ineficacia de las instancias para solucionar los conflictos, optan por continuar:

Una vez que salí de allá chillando⁸ [risas], una vez salí de allá chillando y dije “voy a renunciar” [risas], porque me suspendieron un día, pero es que fue muy injusto; fue muy injusta la suspensión y yo sí chillé ese día de la rabia, y hablé con la de Gestión Humana y me dijo que no, que ella no podía hacer nada que porque había sido una orden de la ingeniera. Ese día, fue con otra compañera. A ella y a mí nos suspendieron por un día, y nos decían “que no, que eso no valía la pena”, pero a mí sí me dio mucha rabia. Yo salí de allá a los chillidos y dije que no volvía, y eso a los 2 días me tocó volver porque ¿qué más iba a hacer? [risas].

(Luz, 39 años, trabajadora de las flores)

El trabajo de mujeres y hombres jóvenes, y mujeres en la floricultura tiene relación principalmente con la sobrevivencia. Como bien señalamos, los y las jóvenes no ven este trabajo como una opción deseable para el futuro. Según Esteban, “lo que he notado yo es que en este empleo las personas no están por la labor o en hacerlo por querer, sino por obligación”. Por su parte, las mujeres, con mayores responsabilidades económicas, reconocen lo que han conseguido a través de su trabajo en las flores: “todo lo que le he hecho a la casita y todo lo que ha logrado uno conseguir ha sido con las primas y con lo que he tenido de allá gracias a Dios”, cuenta Luz. También es enfática al señalar que no es el futuro que quisiera para sus hijos:

¡Ay no! [risas], a mí no me gustaría que ellos [sus hijos] trabajaran allá [risas]. Muchas personas me preguntan eso allá, que yo por qué no me llevo a mis hijas a trabajar allá, y yo “ay no, qué pesar”, pues es que yo digo que yo lo trabajo porque yo no estudié, pues yo qué otra aspiración voy a tener si yo sé que salgo de allá y me tengo que ir a trabajar a otro lado, pero yo digo que qué pesar que se metan tan niñas a trabajar en una cosa de esas porque ahí se quedan, pues yo no le veo como futuro que salir de allá y... no. Pues no, no me gustaría que trabajaran allá.

(Luz, 39 años, La Unión, 2020)

Al profundizar en las condiciones laborales de mujeres y jóvenes de ambos sexos en el rubro de las flores, encontramos que, más allá del número de empleos generados, es importante tener en cuenta su calidad.

Sufrir violencia al inicio de la vida laboral o seguir soportando este tipo de trato -experimentado con anterioridad- a causa del género pone en entredicho el supuesto aporte que el empleo generado por la agroindustria de las flores hace al bienestar de las comunidades.

Antes bien, evidencia cómo su expansión se aprovecha de la vitalidad y capacidad de las mujeres, y de los y las jóvenes. La tan presumida y difundida garantía de estabilidad laboral ofrecida por los floricultivos también se desvanece, pues los niveles de rotación y despidos en estas empresas son altos:

La mayoría se han ido porque los han echado. Casi todo el que se va es porque lo han echado, no porque quiera irse o como dice usted: “por una oportunidad mejor”. No, casi siempre se van es porque tienen diferencias con los supervisores o con los ingenieros, y se van, o los cambian de área. Saben dónde no les gusta, y ellos mismos toman la decisión y se van.

(Luz, 39 años, trabajadora de las flores)

Además, la incertidumbre está presente en los relatos de todos los trabajadores y trabajadoras con quienes tuvimos contacto en este trabajo. Tener un contrato o llevar varios años en una floristería no es garantía de estabilidad. Al preguntarle hasta cuándo iba a trabajar en la empresa en la que se encontraba, Juan respondió: “No tengo ni idea”; se trata de un trabajador de 49 años, quien completa 4 en ese cultivo. Tampoco Tiberio, de 36 años, tiene asegurado el futuro laboral, a pesar de que tiene 5 años en esa empresa: “hasta que lo echen a uno o hasta que le cancelen el contrato”, respondió a la misma pregunta.

Floricultura, descampesinización y modos de vida campesinos

Los efectos de la floricultura también se expresan territorialmente y afectan la estabilidad y los modos de vida campesinos. Este estudio exploratorio nos permitió identificar la existencia de tres fenómenos estrechamente vinculados:

- La expansión de la floricultura implica la pérdida de áreas de producción campesina.
- Los floricultivos consumen agua de la vereda, pero la devuelven contaminada por el uso intensivo de agroquímicos; esta práctica pone en permanente riesgo a sus trabajadores.
- La expansión de la agroindustria supone el aumento del trabajo asalariado de baja calidad y debilita los modos campesinos de vida.

Los montes los fueron tumbando. Los que más sembraban sembraban un pedacito. Le decían dizque el arado, un araíto. Sembraban así unas maticas de papa o maíz que no faltaba, pero cultivos grandes, ahora años no se veían. Y las vaquitas eran dos o tres vaquitas en cada casa, pero de las que llamamos criollas; daban por ahí dos o tres litros. Ya ahora ha cambiado mucho. Los montes los han tumbado para abrir trabajaderos y ya hay gente más emprendedora pa’ trabajar. Ahora años, el que más tenía era unas carguitas de papa sembrada, unas maticas de maíz y unas vaquitas, pero era como el más acomodado. Ahora, hay gente muy pudiente de otras partes; han comprado tierras, ya muchas empresas en la vereda. Eso no se veía. La empresa que había, era dizque Minerales⁹ en La Unión. Esa sí ha existido en ese tiempo, pero ahora ya hay floristerías, trabajando con empresas. Ahora hay mucho más trabajo.

(Don Yesid, 45 años, testimonio recogido en Jaramillo y Osorio, s. f.)

Tal como Don Yesid relata, la vereda San Juan ha experimentado una recomposición socioproductiva en varias etapas. Primero, se desarrolló la producción de papa, maíz y frijol; después, vino la ganadería de leche; por último, llegaron los cultivos de hortalizas y frutales, como la fresa y la uchuva. En este proceso, el nivel de especialización se fue profundizando y la producción se orientó a mercados cada vez más específicos. No obstante, la tierra seguía siendo de campesinos y medianos productores oriundos del municipio o sus alrededores. La floricultura, por su parte, ha propiciado cambios mayores: se trata de una agroindustria en expansión, impulsada sobre todo por empresarios agrícolas externos a la vereda. Los floricultivos imponen lógicas laborales supeditadas a la productividad y al rendimiento individual, ideas muy contrarias a las presentes en las unidades de producción campesina. Además, se trata de un cultivo que no se destina a la alimentación y que, además, está ocupando tierras antes utilizadas para la producción de comestibles.

Tal como señalamos en el primer apartado de este caso, la expansión de la floricultura en la vereda está caracterizada por el aumento del número de cultivos, así como por su expansión. El crecimiento de la floricultura en la vereda San Juan y en el municipio de La Unión se relaciona con la presión urbanizadora que existe sobre la tierra en otros municipios de la región del Oriente Antioqueño y ocurre a expensas de la pérdida de tierras que antes se destinaban a la producción campesina:

Esta tierra la compraron y tenían en proyecto, antes de esta pandemia, comprar otro lote igual de grande al que hay en este momento. [...] ellos tenían la empresa en Rionegro, y en Rionegro la tienen que entregar porque eso se volvió una zona residencial; entonces, no pueden manejar todos esos químicos y esas cosas allá.

Entonces, les toca cerrar esa empresa; por eso, ellos van a comprar allí el doble, para traer toda la empresa de Rionegro para allí.

(Luz, 39 años, La Unión, 2020)

En segundo lugar, identificamos que la expansión de la floricultura implica no solo la compra de tierras, sino también la disponibilidad de agua. Así se refiere Luz al proceso de expansión de la empresa donde trabaja: “ellos compraron la tierra más que todo por el agua, porque sabían que a todo el pie de la tierra bajaba el agua, porque, si no, bendito, ¿de dónde iban a recoger agua para todo ese montón de flores?”. Como se observa, se buscan y destinan las mejores tierras de la vereda a la floricultura.

El agua de la vereda es utilizada y, a la vez, contaminada en el proceso.

Se trata de un cultivo orientado al mercado internacional y los estándares fitosanitarios exigidos para su exportación requieren del uso intensivo de agroquímicos, intensidad que contrasta con los inexistentes protocolos y control por parte de las autoridades ambientales de la región. De acuerdo con Juan, “la inmersión es que a la flor hay que sumergirla en una caneca con veneno, por si tiene plaga para que la plaga se muera, porque la flor a Estados Unidos no puede llegar con un solo bicho, porque si le detectan un solo bicho le queman el viaje” (trabajador, 49 años).

[...] manejan mucho químico y mucha cosa. Así ellos digan que son “juagaduras” y que eso no es tan fuerte. Pero, en esos tanques donde manejan esos químicos, eso lo pasan por unos tubos ahí y supuestamente los tratan, pero todo eso va a dar al agua, a la quebrada, a la natural y todo eso es contaminación, y muchas veces uno ve esos pescaditos ahí encimados, muertos y dicen “ah no, eso fue que se quedaron sin oxígeno”. ¿Cómo? Si la quebrada nunca dejó de correr. Eso es la contaminación del agua. Y esas flores sí necesitan mucho químico, muchas cosas para que a eso no le dé plaga y no les dé cosas. Cuando arriba en la sala donde yo estoy la flor resulta con plaga y obviamente no se puede mandar con plaga, le echan un producto que es como un polvo que lo meten en un contenedor ahí cerrado; meten a flor y eso explota, y eso huele ¡horrible! Yo digo que el daño de eso al ambiente debe ser mucho, porque cuando explotan eso no puede haber nadie ahí que porque eso genera mucho daño, y obviamente eso se va al ambiente.

(Luz, 39 años, La Unión, 2020)



9 Empresa minera que se dedica a la extracción de arcillas y caolín en el municipio desde hace varias décadas.

Este despojo de las fuentes de agua y la degradación de su calidad tienen expresiones concretas en el cuerpo, y la salud de los trabajadores y trabajadoras de las flores, quienes diariamente están expuestos a diversos riesgos.¹⁰ Los trabajadores y trabajadoras que consultamos en este estudio coincidieron en afirmar que el contacto con agroquímicos ha generado problemas de salud en el personal de los floricultivos donde trabajan o han trabajado. En algunos casos, ellos mismos han vivido estas situaciones, que también han afectado a sus compañeros. Según la experiencia de Abel, “prestaban atención 8 o 15 días, y luego volvían a lo mismo. Es que allá el que se tiene que cuidar es uno; ellos no lo cuidan a uno”. El rigor con el que se les exige a los trabajadores el cumplimiento de sus deberes no tiene un correlato en la puesta en práctica de medidas para su protección; estas normas se relajan ante la necesidad de enviar un pedido o terminar una labor. Luz coincide en que las intoxicaciones son frecuentes en su cultivo:

[...] usted en corte llegaba a trabajar por la mañana. Son varios bloques, pero resulta que el bloque donde usted tenía que entrar a cortar estaba fumigado y no respetaban el tiempo de retiro que debe tener un bloque cuando lo fumigan, sino que, si la flor la necesitaban, nos hacían entrar así estuviera atestado a veneno. Simplemente abran cortinas y métanse; y uno sí sentía obviamente que se absorbía todo ese veneno por la flor mojada, en la piel, huela todo eso; se absorbía uno todo ese veneno, y de eso sí nos quejamos varias veces y no “ah no, que la flor la necesitan”.

(Luz, 39 años, La Unión, 2020)

El tercer despojo es -si se quiere- más sutil, pero mucho menos reversible. Se trata del impacto de la floricultura sobre los modos campesinos de vida.

Don Yesid, quien nació y creció en esta vereda, advierte que el trabajo asalariado aumentó a costas de la producción campesina y la autonomía alimentaria: “Puede que haya mucha gente trabajando el campo, pero son los que son por empresa, pero así que vayan a emprender un trabajo o a sembrar un cultivo o así, son poquitos” (Jaramillo y Osorio, s.f.).

Un ejemplo que podría yo hacer es que un grupo de personas compren un celular de alta gama y, entonces, si este celular lo ve un primo o un amigo va a querer comprarlo. Y, entonces, lo que sucede aquí con los cultivos es que empezó a llegar y ya toda la gente quiere cultivar flores, olvidándonos de los productos de nuestra vereda: la uchuva, la fresa, la papa, la zanahoria, y en sí muchos productos. Y como lo he dicho yo: tanta flor que se

10 Los estudios a nivel nacional señalan que las enfermedades más comunes son “síndrome del túnel del carpio, migrañas, alergias, lumbagos y problemas de columna, rinitis, intoxicaciones, problemas de circulación generados por las malas posturas, gastritis, manguito rotador, pérdida de capacidad auditiva por el ruido de las máquinas, problemas respiratorios para quienes trabajan en los cuartos fríos. También caídas de altura, cortadas, intoxicaciones y quemaduras por manejo de químicos, hasta lesiones por electrocución” (ENS, 2016).

exporta y la flor no se come, da sustento económico, pero no se puede ingerir una flor.

(Esteban, 20 años, La Unión, 2020)

Este es un fenómeno también visible para los jóvenes, cuya condición de trabajadores de las flores no les impide reflexionar sobre las transformaciones en el territorio que habitan. Tanto Esteban como Julio señalan cómo la llegada de los floricultivos produjo la pérdida de la producción tradicional y la instalación de nuevos hábitos de consumo, ajenos a las prácticas y referentes identitarios de la cultura campesina:

Bueno, anteriormente se decía que cada vez escaseaban más las papas, porque por acá se maneja mucho esa cultura, por así decirlo entre comillas, de que, si en tu casa falta la papa, entonces vas donde la persona que la sembró y ella te regala un poquito de papas, a diferencia de una ciudad que tiene uno que ir a comprarlas; cualquier cosa tiene que ir a comprarla. Entonces, si se tenía anteriormente esa preocupación, esa visión, porque como cada vez se veía crecer tan desmesuradamente la siembra de hortensia, entonces, los cultivos de alimentos se iban a ver repercutidos; es algo que se ve en el hecho ahora. Pero no sé, cada vez la gente como que se resigna más; se resigna a saber que la situación económica local y del país es tan difícil que simplemente tiene que salir a trabajar y ganarse la plata. Es algo que se vuelve un sí o sí.

(Julio, 22 años, La Unión, 2020)

La frase con la que Julio termina su relato -“es algo que se vuelve un sí o sí”- da cuenta del carácter de la expansión de las flores en la vereda San Juan: un proceso que no se consulta ni discute en la comunidad.

Este se impone con la fuerza del capital y la anuencia de las autoridades locales. Sin embargo, implica que, cada vez, la tierra, el agua y la fuerza de trabajo de la vereda está siendo aprovechada por actores externos a quienes poco les interesa lo que sucede en el territorio. Este proceso termina despojando los modos de vida, los bienes comunes y -lo más grave- la capacidad de que las propias comunidades rurales decidan sobre el presente y futuro de su territorio.

En otras palabras, la expansión de la floricultura lesiona la autonomía campesina en medio de relaciones de poder muy desiguales. Como se hace evidente, mientras la economía campesina no recibe ningún apoyo, la agroindustria goza de subsidios del Gobierno nacional. Más aún, su implementación en la región es avalada por las autoridades locales; es impulsada por el poder económico y político de los gremios; e, incluso, es facilitada por el escaso control que la autoridad ambiental ejerce sobre los impactos negativos, presentes y futuros, de estos cultivos y del modelo productivo que imponen.

Elementos clave de la expansión de la floricultura en el municipio de La Unión y el proceso de descampesinización

- El avance de la floricultura en el municipio de La Unión está vinculado con dinámicas de configuración territorial de orden regional. Si bien la floricultura en el Oriente Antioqueño es una actividad que se realiza desde hace varias décadas, en el municipio de La Unión y, de manera particular, en la vereda San Juan, su llegada es relativamente reciente. El análisis de esta agroindustria en una escala veredal permite observar que se trata de un proceso expansivo e intensivo que implica cambios vertiginosos, muy distinto de ciclos anteriores de recomposición socioproductiva experimentados en la vereda. Esta vez, se trata de la instauración de un modelo de explotación empresarial (Van der Ploeg, 2010) de un producto no alimentario, destinado íntegramente al mercado internacional.
- La floricultura en el municipio de La Unión avanza sobre la base de desigualdades y asimetrías en varios niveles, y las profundiza y reproduce. La primera es la existencia de un modelo de desarrollo rural que privilegia la agroindustria por encima de la agricultura campesina. Así, mientras los cultivos de flores reciben subsidios, la producción de alimentos está completamente desprotegida. El poder político y económico de los gremios se despliega en el nivel regional y crea las condiciones para impulsar este negocio. El territorio veredal es visto como un espacio vacío sobre el que agentes externos deciden. La floricultura se impone como “un sí o un sí”, en palabras de Julio, de 22 años. Este sector genera empleo, aunque de baja calidad; este cultivo ofrece garantías de comercialización, pero pasajeras. La agroindustria encarna una idea de progreso por la vía del empleo y los ingresos, que, aunque cuestionable por sus secuelas en el territorio y en los modos campesinos de vida, es efectiva, entendido este término en tanto logra su implementación de manera legítima.
- El avance de la agroindustria de las flores engrosa las desigualdades en relación con el género y la edad, porque se beneficia de la mano de obra de mujeres y jóvenes de ambos sexos. La presente investigación permite desmitificar y discutir algunas creencias. La primera afirma que las actividades asignadas a las mujeres están exentas de dureza, idea preconcebida que se sustenta en su supuesta delicadeza y suavidad. El modelo productivo de la floricultura impone fuertes ritmos y exigencias de productividad para las mujeres; su decisión de emplearse en este rubro se basa, sobre todo, en una necesidad de supervivencia y sustento. Esta realidad las sitúa en gran desventaja dentro de las relaciones jerárquicas y autoritarias que caracterizan el modelo laboral de los floricultivos. Por su parte, se encuentra que la fuerza vital de jóvenes hombres y mujeres es aprovechada al máximo para alcanzar las metas de productividad requeridas. Convertirse en trabajadores y trabajadoras de las flores

constituye la opción de empleo posible al culminar su participación en el sistema escolar básico. Así, su vida laboral se inaugura con fuertes exigencias y relaciones autoritarias muy verticales, que muy frecuentemente llegan al maltrato. *El trabajo en el rubro de las flores resulta funcional para su transición al concluir el bachillerato, pero no contribuye a la construcción de los proyectos de vida de las nuevas generaciones en los territorios rurales.*

- La adopción de la floricultura por parte de familias campesinas de la vereda es un ámbito que este proyecto no alcanzó a explorar en profundidad. El interés por las marcas generacionales y de género orientó el trabajo hacia los cultivos que, por excelencia, emplean a los habitantes de la zona. Es posible adelantar que, tratándose de pequeñas propiedades, minifundios y microfundios, el establecimiento de cultivos de flores compromete la producción de alimentos y el autoconsumo, pero poco se conoce acerca de los impactos y la forma en la que la floricultura se desarrolla y adapta a la pequeña producción campesina. Este asunto reviste especial importancia si se considera que, institucionalmente, los modelos de integración vertical en la agroindustria son ampliamente utilizados; la palmicultura y la figura de agricultura por contrato son los casos más representativos en el país.
- La floricultura impone una bimodalidad que requiere tanto la tierra como el agua y hace un uso intensivo de todos los recursos: utiliza el suelo de forma intensiva, contamina el agua, y se consolida a costa del bienestar y la salud de sus trabajadores. Aunque esta constituye una aproximación exploratoria, es importante anotar que la floricultura crece como ningún otro cultivo en el municipio de La Unión, menoscaba la producción de alimentos para el autoconsumo y afecta sus modos campesinos de vida de forma sutil, pero irreversible.

4 CONCLUSIONES

A continuación, a partir de los casos analizados en esta investigación -el cultivo de palma de aceite, en el municipio de María La Baja, en Montes de María, y de flores, en el municipio de La Unión, en el Oriente Antioqueño-, realizaremos una comparación entre ambos casos de agricultura bimodal, sus efectos en la descampesinización y las marcas en clave de género y generación de este fenómeno.

Se trata de una bimodalidad en escalas distintas, pero con mucho en común.

La consolidación de la agricultura bimodal en los dos municipios muestra impactos diferenciados y en una escala distinta que se pueden analizar en una dimensión espacial estrechamente relacionada con la dimensión social. El estudio de la vereda San Juan, en el municipio de La Unión, desde una perspectiva microsocioal, y la lectura de María La Baja, desde una municipal, muestran cómo la bimodalidad se ensambla territorialmente, y se conecta con dinámicas regionales y nacionales más amplias. De acuerdo con Sánchez et al.:

las implicaciones socioespaciales de las políticas y dinámicas en relación con la tierra para los individuos y las comunidades en términos de impactos, influencias y (re)significados de sus territorios y territorialidades [...] puede ocurrir tanto en grandes transacciones de tierras como en escalas más puntuales, de la misma manera que se puede manifestar en cualquier contexto económico, político y social. (2019, p. xxi-xxii)

Como se evidencia, estas apuestas agroindustriales causan, al menos, dos tipos de impactos en los territorios. Los factores que los generan, implicados en este sistema, son la configuración de la bimodalidad en distintas escalas, las desiguales relaciones de poder entre actores capitalistas y productores campesinos, y el ostensible fomento por parte del Estado de la agroindustria mediante políticas públicas nacionales y locales. Por un lado, identificamos consecuencias relacionadas con las dinámicas territoriales que inciden en los modos de vida campesina y profundizan las desigualdades. Por otro lado, encontramos afectaciones diferenciadas en mujeres y personas jóvenes.

Las políticas públicas impulsan una bimodalidad con dos polos en desequilibrio: una agroindustria fuerte y unas economías campesinas debilitadas.

Respecto del primer tipo de impactos, los dos casos estudiados revelan procesos de integración productiva en los que se busca vincular a los campesinos con los cultivos de palma y flores a través de distintos mecanismos. Estas prácticas, al mismo tiempo que potencian los desarrollos agroindustriales, debilitan las economías campesinas y profundizan las desigualdades en la distribución, acceso y uso de la tierra. Se identifican varias estrategias empleadas para lograr este fin: promocionar el modelo de las alianzas productivas de palma de aceite; fomentar la siembra de cultivos propios de flores y establecer, luego, acuerdos de comercialización con los empresarios floricultores; e insertar a la población en el mercado del trabajo asalariado rural.

Tanto la palma como las flores han sido importantes eslabones de la cadena productiva del país -impulsados fuertemente a través de distintas medidas por parte del Estado colombiano- y se han posicionado como productos insignia del sector agrícola. Las flores están destinadas mayoritariamente a la exportación; la palma, a un significativo consumo nacional.

La bimodalidad necesita tanto de la tierra como del agua y produce la descampesinización.

En estos procesos de integración productiva, son de gran importancia las dinámicas en torno a la tenencia, uso y apropiación de la tierra. Así mismo, son esenciales otros recursos naturales asociados a los cultivos agroindustriales, determinantes en el surgimiento, desarrollo y consolidación de la palma y las flores en cada municipio. De ese modo, mientras que se ha promovido la expansión del cultivo de palma de aceite en grandes extensiones de tierra, en el caso de las flores ha resultado eficiente intensificar la producción sin recurrir, necesariamente, a grandes propiedades en manos de un solo dueño.

Ahora bien, el acceso y control del agua resultan tan importantes como la propiedad de la tierra para el desarrollo de los cultivos de flores y palma. En ese sentido, la ubicación geográfica de los dos municipios representa una ventaja competitiva para la agroindustria, la cual ha sido aprovechada por los inversores palmicultores y floricultores. Las plantaciones tradicionales se sitúan en gran desventaja, pues la economía de los campesinos -despojados del agua, el crédito, la infraestructura- ha sido desamparada por las políticas públicas. Mientras tanto, la agroindustria de las flores usa el agua y la devuelve contaminada sin que existan mayores controles por parte de las autoridades ambientales.

La imposibilidad de acceder al recurso hídrico -cada vez más escaso- para las comunidades campesinas de María La Baja y la ausencia de políticas que protejan la producción campesina y fomenten el acceso a la tierra en La Unión han disminuido la agricultura de cultivos de autoconsumo. Así, se pone en riesgo la soberanía alimentaria en las regiones y se produce la descampesinización, lo que fomenta el trabajo asalariado rural e impulsa lógicas laborales que, en ambas agroindustrias, están determinadas por el aumento de la productividad y el rendimiento individual. Estos paradigmas son opuestos a los que identifican a las dinámicas de producción campesina, en las que participa todo el núcleo familiar, se promueve la multifuncionalidad de la agricultura y se dinamizan actividades comunitarias en torno a las labores en el campo.

Si bien cada uno de los casos analizados presenta impactos diferenciados, se identifica que, en ambos, se ha producido la descampesinización. Se presenta la desestructuración del tejido social y comunitario a medida que se expanden los cultivos de palma y flores; cambios en las dinámicas familiares relacionados con las actividades de producción de alimentos; y transformaciones en la relación de las comunidades campesinas con el territorio, manifestadas en limitaciones para acceder y controlar bienes de uso común, como canales de agua, acueductos rurales, caminos de comunicación entre las veredas. En suma, se verifica el menoscabo del poder de las comunidades de decidir sobre el presente y futuro de los territorios que habitan.

El avance de la agroindustria compromete el aporte de las nuevas generaciones a sus territorios.

La pérdida de la producción campesina y el crecimiento del trabajo asalariado influyen directamente en la pérdida de los espacios de socialización temprana en los que las familias crean, y recrean prácticas y saberes de forma cotidiana. La participación de padres y madres en el trabajo asalariado, la inserción de las y los jóvenes como trabajadores de las agroindustrias en el caso de La Unión, así como el avance del cultivo de palma y sus despojos en espacios y dinámicas cotidianas en María La Baja, fracturan la posibilidad de que las nuevas generaciones se apropien de las prácticas que configuran los modos de vida campesina, para lo que la interacción con padres, madres y abuelos resulta central.

Entre las causas de que las nuevas generaciones no puedan apropiarse de las prácticas de los modos de vida campesinos -para lo que la interacción con padres, madres y abuelos resulta central-, se encuentran la participación de padres y madres en el trabajo asalariado; la inserción de los jóvenes como trabajadores de las agroindustrias, en el caso de La Unión; y la irrupción de los cultivos de palma y sus despojos en espacios de socialización y dinámicas cotidianas en María La Baja.

De esta manera, los proyectos de vida de los y las jóvenes están cada vez más desconectados de las dinámicas familiares y comunitarias, y más expuestos a lógicas productivistas sustentadas en el rendimiento individual y el aprovechamiento máximo de los bienes naturales. La fuerza vital de los y las jóvenes, y sus iniciativas son aprovechadas por el capital agroindustrial, que, no obstante, ofrece pocas garantías en términos de la calidad y estabilidad laboral. Ante la ausencia de políticas de desarrollo rural que incluyan programas orientados a las juventudes y en vista de las enormes barreras para el ingreso a la educación superior, los y las jóvenes encuentran en la agroindustria la opción más viable, aunque eso signifique, al mismo tiempo, estar y no estar en sus territorios.

La agroindustria impacta los territorios y también el cuerpo de las mujeres.

Junto con los y las jóvenes, las mujeres rurales terminan por recibir los fuertes impactos del avance de la agroindustria en sus territorios. Precisamente ambos grupos son sujetos olvidados por las políticas públicas de desarrollo rural y por las políticas sectoriales orientadas a grupos poblacionales específicos, que alcanzan -si acaso- a quienes habitan las cabeceras urbanas de los municipios. La salud de las mujeres se ve afectada en ambos lugares. Mientras la carencia y mala calidad del agua compromete sus labores de cuidado y su propio bienestar en María La Baja, en La Unión, las fuertes jornadas laborales afectan sus cuerpos, y las exigencias de productividad y el uso intensivo y desregulado de agroquímicos deterioran su salud permanentemente.

La participación de las mujeres en el trabajo asalariado o la incorporación de la familia en las lógicas agroindustriales no supone precisamente autonomía ni se traduce en mejores condiciones de vida para ellas. En ambos contextos, se identifica que las cargas relativas al cuidado no disminuyen; o se redistribuyen al participar en el trabajo asalariado, como en el caso de La Unión; o enfrentan mayores dificultades para acceder a bienes de uso común, como al agua en María La Baja.

En lo que se refiere a la floricultura, la combinación del trabajo doméstico con el asalariado es conflictiva, más aún cuando se trata de mujeres cabeza de hogar o madres de hijos pequeños. Las fuertes jornadas laborales propician una mayor participación de las hijas jóvenes en labores domésticas, el apoyo de madres y mujeres mayores en el cuidado de los hijos de la trabajadora o la extensión de su jornada después de regresar del trabajo. Es decir, la carga de las labores de cuidado se traslada a otras mujeres de la red familiar o es asumida por las propias mujeres, pero su participación en el trabajo asalariado no supone recomposiciones diferentes; por lo tanto, esta labor en la agroindustria no contribuye a la autonomía que se pregona con la creación de empleos femeninos.

Por su parte, en el caso de las mujeres de María La Baja, realizar labores domésticas y, al mismo tiempo, participar en el ámbito productivo impuesto por la agroindustria en su propia parcela -además de sufrir el acaparamiento de bienes de uso común, como el agua, por parte de las empresas- representan una suerte de despojo de los ritmos cotidianos. En este, las mujeres resultan desprovistas de sus rutinas, tiempos y prácticas de cuidado. La expansión de la agroindustria en los territorios cotidianos, territorios vitales para las mujeres, alteran las prácticas de cuidado y las diversas expresiones de su relación con la tierra.

Palmicultura y floricultura: agricultura bimodal y desigualdades

- Las apuestas agroindustriales generan, por lo menos, dos tipos de consecuencias en los territorios. Los factores que intervienen, implicados en este sistema, son la configuración de la bimodalidad en distintas escalas, las desiguales relaciones de poder entre actores capitalistas y productores campesinos, y el ostensible fomento por parte del Estado de la agroindustria mediante políticas públicas nacionales y locales.
- Los avances de la agricultura bimodal en los dos municipios evidencian la desigualdad existente para acceder a la tierra y a los activos productivos, la inequidad en cuanto a los derechos de tenencia, control y obtención de beneficios derivados de la tierra, y la disparidad en el acceso a políticas públicas. Todos estos son factores que restringen la posibilidad de las comunidades campesinas de decidir sobre sus territorios.
- El desarrollo de los procesos de integración productiva de palma y flores profundizan la agricultura bimodal vinculando a los campesinos con los cultivos a través de distintos mecanismos. Estas medidas, por un lado, potencian el desarrollo de la agroindustria; por otro, debilitan las economías campesinas, y profundizan y reproducen las desigualdades en la distribución, acceso y uso de la tierra.
- La agricultura bimodal agudiza la desestructuración del tejido social y comunitario. La expansión de los cultivos de palma y flores altera las dinámicas familiares relativas a las actividades de producción de alimentos y transforma las relaciones de las comunidades campesinas con el territorio como consecuencia de las limitaciones al acceso y control de bienes de uso común.

- En los procesos de integración productiva -por la vía de la agricultura por contrato, en el caso de la palma, y del trabajo asalariado rural, en la floricultura-, la tenencia, uso y apropiación de otros recursos naturales asociados a los cultivos agroindustriales resultan de gran importancia. El mejor ejemplo es el uso y control del agua, determinante en el inicio, desarrollo y consolidación de la agricultura bimodal en cada municipio.
- El surgimiento de la agricultura bimodal en los dos municipios genera y re-produce desigualdades que afectan de manera diferenciada a las mujeres y jóvenes, y que alteran profundamente su relación presente y futura con los territorios rurales. La expansión de la agroindustria y el aumento del trabajo asalariado rural restringen los procesos de socialización temprana, fundamentales en la creación de identidades a partir de prácticas campesinas; en suma, imposibilitan que sus proyectos de vida se articulen a apuestas territoriales más amplias. Por su parte, la participación de las mujeres en la agroindustria se materializa mediante empleos de baja calidad que las despojan sutilmente de sus ritmos y labores cotidianas. Lo anterior, sumado a las cargas de las labores de cuidado, no se traduce en ningún bienestar para las mujeres de distintas generaciones.

REFERENCIAS

Acción Social. (2010). Dinámica del desplazamiento forzado. Informe oficial. Bogotá: Acción Social.

Acosta, O., Duarte, C., Fajardo, D., Ferro J., Gutiérrez, F., Machado, A., Penagos A. y Saade, M. (2018). Conceptualización del campesinado en Colombia. Documento técnico para su definición, caracterización y medición. Bogotá: ICANH.

Alcaldía Municipal de María La Baja. (2001). Plan de Ordenamiento Territorial 2001-2009. María La Baja, Bolívar, Colombia.

Borras, S. y Franco, J. (2010). La política del acaparamiento mundial de tierras. Replanteando las cuestiones de tierras, redefiniendo la resistencia. ICAS Working Paper Series, 1.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2015). Una nación desplazada. Informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia. Bogotá: Imprenta Nacional.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2019). Encuesta de cultura política: caracterización de la población campesina. Disponible en: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/ecpolitica/pres_ECP_poblacioncampesina_19.pdf

Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2014). Censo Nacional Agropecuario. Disponible en: <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/agropecuario/censo-nacional-agropecuario-2014>

De los Ríos, E., Becerra, C., Oyaga, F., y Equipo Ilsa. (2012). Montes de María. Entre la consolidación del territorio y el acaparamiento de tierras. Aproximación a la situación de derechos humanos y derecho internacional humanitario en la región (2006-2012). Bogotá: Ilsa.

Departamento Nacional de Planeación (DNP). (2014). Definición de categorías de ruralidad. Misión para la transformación del campo. Bogotá: DNP. Disponible en: <http://bit.ly/1QRjzU0>

Departamento Nacional de Planeación (DNP). (2018a). Terridata. Sistema de Estadísticas Territoriales. Ficha Municipal La Unión, Antioquia. Disponible en: <https://terridata.dnp.gov.co/index-app.html#/perfiles/05400>

Departamento Nacional de Planeación (DNP). (2018b). Terridata. Sistema de Estadísticas Territoriales. Ficha Municipal María La Baja, Bolívar. Disponible en: <https://terridata.dnp.gov.co/index-app.html#/perfiles/13442>

Escuela Nacional Sindical (ENS). (2016). Detrás de las flores y los dólares de San Valentín. Un ejército de trabajadores mal pagados. Disponible en: <http://ail.ens.org.co/cronicas/detras-las-flores-los-dolares-san-valentin/>

Espinosa, N. (2019). Las alianzas productivas de palma de aceite en Colombia. Del acaparamiento del uso al acaparamiento de tierras. En M. Simón. Grandes transacciones de tierra en América Latina. Sus efectos sociales y ambientales. Buenos Aires: Fundapaz.

Fajardo, D. (2018). Agricultura, campesinos y alimentos 1980-2020. Tesis de grado para optar por el título de doctor en Estudios Sociales. Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

Fedepalma. (2018). Boletín El Palmicultor, 552. Disponible en: <https://publicaciones.fedepalma.org/index.php/palmicultor/issue/view/1362>

Fundación Forjando Futuros (FFF) e Instituto Popular de Capacitación (IPC). (2012). Restitución colectiva de tierras en Colombia. Una propuesta para cumplir con éxito la devolución de tierras en los 143 municipios de mayor despojo. Medellín: Pregon.

García, C., y Aramburo, C. (2011). Geografías de la guerra, el poder y la resistencia. Oriente y Urabá antioqueños, 1990-2008. Bogotá: CINEP-ODECOFI. Medellín: INER.

Giraldo, O. (2015). Acaparamiento de tierras en Colombia. Revista Biodiversidad, 85, pp. 4-7.

Gobernación de Antioquia y Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia. (2010). Minería potencial para iniciativas clúster en Antioquia. Documentos Comunidad Clúster, 7. Medellín: Multimpresos.

Gobernación de Antioquia. (2013). Anuario estadístico agropecuario. Disponible en: <https://antioquia.gov.co/images/rendicion-de-cuentas/2018/Sec%20Agricultura/ANUARIO%20AGROPECUARIO%202013.pdf>

Gobernación de Antioquia (2018). Anuario estadístico del sector agropecuario. Disponible en: <https://antioquia.gov.co/images/PDF2/Planeacion/estadisticas-de-antioquia/anuario-agropecuario-antioquia-2018.pdf>

Gómez, C. y García, C. (2007). Floricultoras en el Oriente Antioqueño. Ensayos Laborales, 16. Medellín: ENS.

GRAIN. (2016). The Global Farmland Grab in 2016: How Big, How Bad? Barcelona: GRAIN.

GRAIN. (2014). Hungry for Land: Small Farmers Feed the World with Less than a Quarter of all Farmland. Barcelona: GRAIN.

Grupo de Memoria Histórica. (2010). La masacre del Salado. Esa guerra no era nuestra. Bogotá: Taurus.

Guereña, A. y Wegerif, M. (2019). Land Inequality Framing document. An ILC initiative. Disponible en: https://www.hlrn.org/img/documents/ILC_Land_inequality_framing_2019.pdf

Hawkins, D. (2020). De espinas y rosas en tiempos del coronavirus. Escuela Nacional Sindical [página web]. Disponible en: <http://ail.ens.org.co/opinion/de-espinas-y-rosas-en-tiempos-del-coronavirus/>

Jaramillo, O. y Osorio, F. (2015). Incertidumbres sembradas en la tierra. Prácticas y expectativas de jóvenes rurales en perspectiva intergeneracional y de género, en contextos de guerra. El caso de la región del Oriente Antioqueño, Colombia. Colombia: ILC y Procasur.

Jaramillo, O. y Osorio, F. (s. f.). Jóvenes rurales y subjetividades en un contexto de modernización precaria en el municipio de La Unión, Oriente Antioqueño, Colombia. Disponible en: <https://floretilmaosorioperez.files.wordpress.com/2015/01/incertidumbres-sembradas-en-la-tierra.pdf>

Kroc Institute. (2020). Tres años después de la firma del acuerdo final de Colombia: hacia la transformación territorial. Resumen Ejecutivo, diciembre de 2018 a noviembre de 2019.

Maza, F. et al (2017). Palma de aceite y seguridad alimentaria en el caribe colombiano. El caso del municipio de María La Baja, Bolívar. Revista Palobra, 17(17), pp. 122-143.

Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural. (2019). Evaluaciones agropecuarias municipales. Disponible en: <https://www.datos.gov.co/Agricultura-y-Desarrollo-Rural/Evaluaciones-Agropecuarias-Municipales-EVA/2pnw-mmge/data>

Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (2019). Cadena de Flores. Dirección de Cadenas Agrícolas y Forestales. Recuperado de: <https://sioc.minagricultura.gov.co/Flores/Documentos/2019-02-30%20Cifras%20Sectoriales.pdf>

Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural. (2016). Anuario estadístico del sector agropecuario. Disponible en: <https://repository.agrosavia.co/handle/20.500.12324/34404>

Mondragón, H. (2007). “Caña de azúcar, palma aceitera, biocombustibles y relaciones de dominación. Etnias y Política, 5, p. 22-35.

Municipio de María La Baja (2013). Plan Municipal para la Gestión del Riesgo de Desastres del Municipio de María La Baja. Consejo municipal para la gestión del riesgo y desastres. Disponible en: www.marialabaja-bolivar.gov.co/Transparencia/Paginas/Planeacion-Gestion-y-Control.aspx

Municipio de María La Baja. (s. f.). Plan de Ordenamiento Territorial 2001-2009. Disponible en: <http://www.marialabaja-bolivar.gov.co/Transparencia/PlaneacionGestionControl/Plan%20de%20Ordenamiento%20Territorial%20%202001%20-%202009.pdf>

Municipio de María La Baja. (s. f.). Plan de Desarrollo Municipal 2020-2023. Disponible en: <http://www.marialabaja-bolivar.gov.co/Transparencia/PlaneacionGestionControl/Plan%20de%20Desarrollo%20Maria%20la%20Baja%202020%20-%202023.pdf>

Nolte, K., Chamberlain, W. y Giger, M. (2016). International Land Deals for Agriculture: Fresh Insights from the Land Matrix. Analytical Report II. Pretoria: CDE; CIRAD; GIGA; University of Pretoria; BOP.

Ojeda, D., Petzl, J., Quiroga, C., Rodríguez, A., y Rojas, J. (2015). Paisajes del despojo cotidiano: acaparamiento de tierra y agua en Montes de María, Colombia. Revista de Estudios Sociales, 54, pp. 107-119.

Ojeda, D., Aguirre, A., Caro, D., Quiroga, C., Vallejo, D. (2016). Historia del distrito de riego de María La Baja-Bolívar: más motivos para decir que el agua es nuestra. Bogotá: Javegraf.

Organizaciones Campesinas de Población Desplazada (OPD) y Corporación Desarrollo Solidario (CDS). (2014). El futuro de la economía campesina está en nuestras manos. Informe de investigación sobre la economía campesina en Montes de María. Cartagena de Indias: CDS.

Páez, O. (2011). La realidad bajo los invernaderos. Informe sobre la floricultura colombiana. Bogotá: Arfo Editores.

Pástor, C., Concheiro, L., y Wharen, J. (2017). Agriculturas alternativas en Latinoamérica. Tipología, alcances y viabilidad para la transformación social-ecológica. Disponible en: <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/mexiko/13957.pdf>

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y Departamento para la Prosperidad Social (DPS). (2013). Mercado laboral en la subregión del altiplano del Oriente Antioqueño. Informe diagnóstico. Bogotá: PNUD.

Rodríguez, T. (2016). Caracterización de los conflictos territoriales en la región de Montes de María. En C. Duarte (ed.). Desencuentros territoriales (tomo 2). Caracterización de los conflictos en las regiones de la Altillanura, Putumayo y Montes de María. Bogotá: ICANH.

Rudqvist, A. (1983). La organización campesina y la izquierda. ANUC en Colombia, 1970-1980. Disponible en: https://www.academia.edu/28798049/La_organizacion_campesina_y_la_izquierda_ANUC_en_Colombia_1970_1980

Ruiz, M. (coord.). (s. f.). Montes de María. Los conflictos de la paz, los desafíos del desarrollo rural en una región que sufrió la guerra. Bogotá: Fundación Semana.

Unidad para la Atención y la Reparación Integral a las Víctimas. (2020). Registro único de víctimas. Disponible en: <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/ruv/37385>.

Sánchez, L. (2018). Acaparamiento territorial. Impactos socioespaciales. Bogotá: Uniandes.

Simón, M. (2019). Grandes transacciones de tierra en América Latina. Sus efectos sociales y ambientales. Buenos Aires: Fundapaz.

Van del Ploeg, J. (2010). Nuevos campesinos. Campesinos e imperios agroalimentarios. Barcelona: Icaria.

ENTREVISTAS REALIZADAS

Esteban, 20 años, trabajador de las flores

Alexander, 18 años, trabajador de las flores

Julio, 22 años, trabajador de las flores

Jhon, 18 años, hijo de pequeño productor de flores

Mauricio, 24 años, trabajador de las flores

Juan, 49 años, trabajador de las flores

Abel, 45 años, extrabajador de las flores

Tiberio, 26 años, trabajador de las flores

Luz, 39 años, trabajadora de las flores

Elena, 34 años, trabajadora de las flores

Lideresa social de Montes de María

Líder campesino, cultivador de palma

Todas las entrevistas fueron llevadas a cabo durante 2020.

DOCUMENTOS EN ESTE ÁMBITO

Serie editada conjuntamente por ILC y Oxfam

INFORME DE SÍNTESIS

- **Uneven ground: land inequality at the heart of unequal societies**
Anseeuw, W. and Baldinelli, G.M.

ESTUDIOS DE CASO

- **¿Puede la concentración de la tierra ser fuente de desarrollo?**
Un análisis de las condiciones y bienestar de trabajadores agroindustriales de la provincia de Virú
Araujo Raurau, A.L.
- **Assessing and measuring the gender gap in land rights under Communal Land Associations in Karamoja**
Lakidi Achan, P.
- **Desigualdades en el acceso a la tierra y la inserción laboral de los nicaragüenses en la agricultura de Costa Rica**
Baumeister E.
- **Global financial funds, land grabs and the reproduction of inequalities: a contribution from Brazil**
Kato, K., Furtado, F., Junior, O.A. and Siviero, J.
- **How the Talaandigs regained their ancestral lands in the Kalatungan Mountain Range**
Ravanera, R., Verdijo, T.C., and Gualberto, X.M.E.
- **La agricultura bimodal en el sector sojero: desentrañando la coexistencia entre pequeños y grandes productores en el oriente de Bolivia**
Colque, G. and Mamani, M.I.
- **La tierra entre la palma y las flores. Desigualdades y recomposiciones con marcas generacionales y de género en el municipio de María La Baja en Los Montes de María y La Unión, en el Oriente Antioqueño, Colombia**
Espinosa Rincón, N. and Jaramillo Gómez, O.E.

DOCUMENTOS CONCEPTUALES

- **Gobernanza de la tierra colectiva y su contribución a la reducción de las desigualdades**
Bautista Durán, R. and Bazoberry Chali, O.
- **Assessing and measuring the gender gap**
Scalise, E.
- **Unearthing the less visible trends in land inequality**
Wegerif, M. and Anseeuw, W.



DOCUMENTOS DE DATOS

- **Global land inequality**
Bauluz, L., Govind, Y., and Novokmet, F.
- **Methodological considerations on land inequality**
Vargas, D. and Luiselli, C.

DOCUMENTOS DE SOLUCIONES

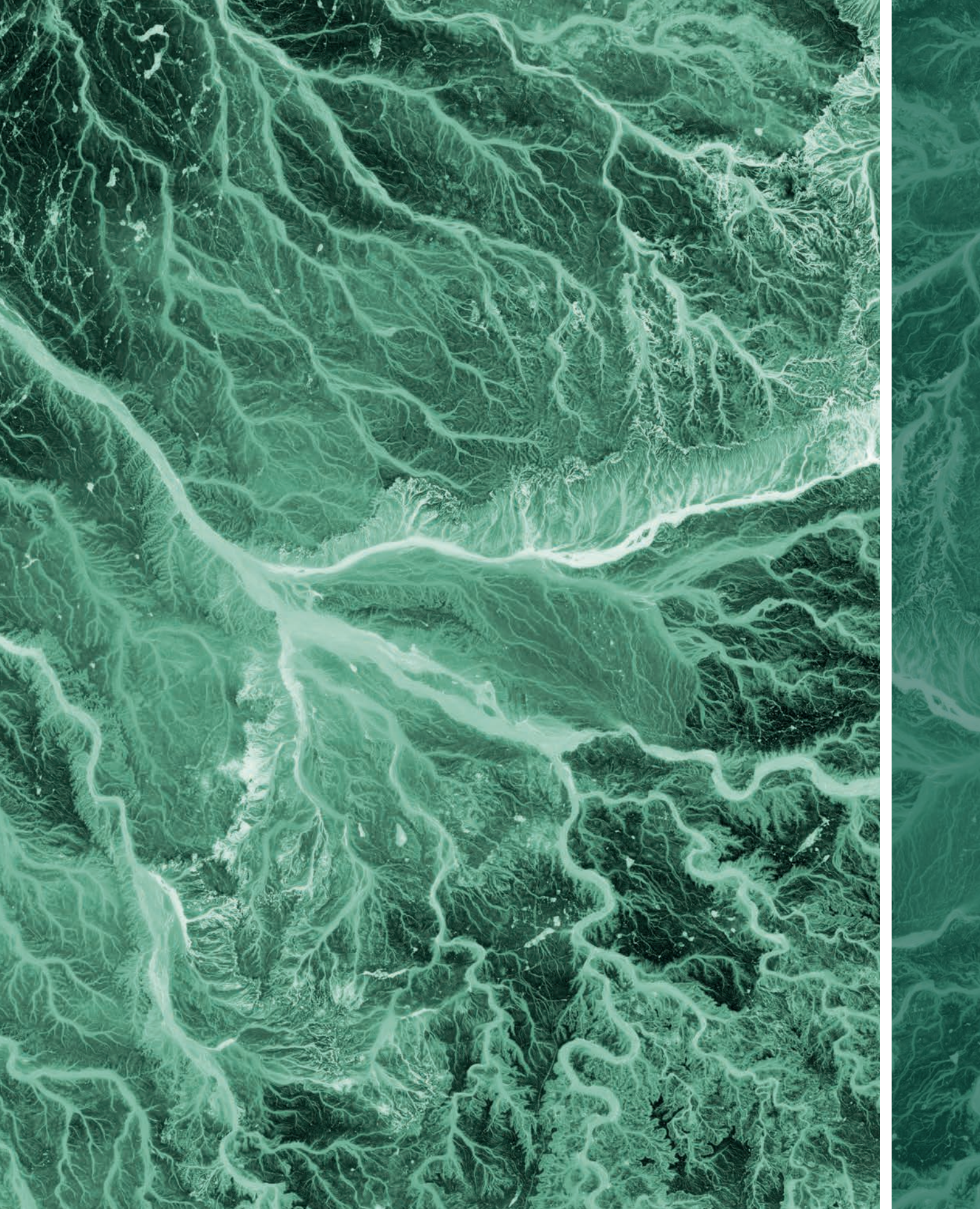
- **Acceso a la tierra en el Ecuador desde sus más recientes políticas públicas.**
Montesdoeca Chulde, D. and Ramos Bayas, M.
- **Beyond accumulation, new approaches to agricultural development in a context of natural resources pressure and climate change**
Oberlack, C., Zambrino, L.A., Truong, Q.C; Dang, B.T, Vu, X.V., Blare, T.
- **Comment rendre les investisseurs et les compagnies plus respectueuses de l'environnement et des droits de l'homme ? Etude de cas du Cameroun**
Nguiffo, S.
- **Les régulations des marchés fonciers et de l'usage de la terre: des outils pour réduire les inégalités**
Merlet, M.
- **Una oportunidad real: impuestos a la tierra**
Itriago, D.

La iniciativa sobre la desigualdad de la tierra

está dirigida por un grupo de referencia informal, compuesto por expertos en el ámbito de la tierra y las desigualdades más amplias.

Los miembros del grupo de referencia proporcionaron orientación y conocimientos especializados a lo largo del proceso e incluyen las siguientes organizaciones:





**INTERNATIONAL
LAND COALITION
SECRETARIAT**

c/o FIDA

Via Paolo di Dono, 44,
00142-Roma, Italia

tel +39 06 5459 2445
fax +39 06 5459 3445

info@landcoalition.org
www.landcoalition.org